11524

Un marido
como hay muchos

9

UN MARIDO COMO HAY MUCHOS.

COMÉDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. RAMON DE NAVARRETE.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 14 de Mayo de 1846.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1846.

PERSONAS.	ACTORES.
DON MAURICIO DE OSORIO. .	*Don Julian Romea.*
AMALIA, *su muger.*	*Doña Matilde Diez.*
DON BERNARDO FIGUEROA. .	*Don Antonio de Guzman.*
ADELA, *su muger.*	*Doña Josefa Palma.*
DON SERAFIN GUTIERREZ. .	*Don Florencio Romea.*
EL MARQUES DE BELLO-CAMPO.	*Don Pedro de Sobrado.*
EL VIZCONDE DE MANGIRON.	*Don Patricio de Sobrado*
DON LUCIANO DE INESTROSA.	*Don Antonio Alverá.*
BAUTISTA, *mozo de fonda.*	*Don Juan Torroba.*
JOSÉ, *criado de don Mauricio.*	*Don Mariano Muñoz.*

La escena es en Madrid.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro público ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Sala en casa de don Mauricio. — En el fondo una puerta, y otra en el ángulo izquierdo; á la derecha en primer término un piano; en segundo una ventana; á la izquierda una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

DON SERAFIN. JOSÉ.

Serafin. (*Saliendo por el fondo.*) Está en casa mi prima?
José. (*Acabando de encender un quinqué sobre la chimenea.*) Si señor; aun no se ha levantado de la mesa.
Serafin. Ha comido fuera Mauricio?
José. La señora le esperó hasta las siete...
Serafin. Ah! ah! (*Aparte.*) Entonces no habia avisado!... Sonsaquemos á este chico. (*Alto.*) José!
José. (*Deteniéndose cuando iba á salir.*) Mande usted?
Serafin. Me parece que no te di aguinaldo las pascuas...
José. Eso no importa; otra vez será.
Serafin. (*Buscando su bolsillo.*) Ha sido un olvido... pero no lo perderás... Dime, quieres mucho á tus amos?
Jesé. Hace tantos años que les sirvo!
Serafin. Antes esa era una razon... mas ahora... Tienes buen salario?
José. Escelente.
Serafin. Entoncês debes desear no perder el acomodo;

672139

y para esto es preciso que no haya disensiones en la familia; que los señores vivan en buena armonia... Aunque me temo que algunas veces... eh? (*Busca dinero en su bolsillo.*)

José. Yo no sé nada.

Serafin. Ya conoces que yo me intereso naturalmente... amigo del marido... primo de la muger... Y qué pensais de ellos vosotros los criados?

José. Pensamos muy bien.

Serafin. Dime; y en la comida se dirigen los dos esposos palabras picantes?

José. No he reparado.

Serafin. Y cuando Mauricio vuelve por la noche, oís alguna vez hablar á gritos como si disputasen?

José. No escucho jamas.

Serafin. (*Aparte volviendo á guardar el bolsillo.*) Entonces, qué diablos habrá aqui?

José. (*Sonriéndose.*) Voy á anunciar su visita de usted, señor don Serafin...

ESCENA II.

DON SERAFIN.

Este mozo no es hablador... Es un mal criado, y he hecho bien en guardar los dos napoleones que iba á darle. No importa; apuesto á que hay algo... de lo cual me alegraria mucho. Mi prima es lindisima, y yo estaba muy enamorado, cuando ese bribon de Mauricio me la quitó casándose con ella.

ESCENA III.

DICHO. AMALIA. JOSÉ, *que trae otro quinqué.*

Amalia. Hola! Primo mio, por qué no entrabas? Si hubieras venido antes me habrias hecho compañía á la mesa, pues he comido sola.

Serafin. Seguramente muchos me hubiesen envidiado...

Amalia. (*Aparte.*) No le puedo soportar. (*Alto.*) José, cuando salió su amo de usted esta mañana, no le previno que comia fuera?

José. No señora.
Amalia. Ni que volveria tarde?
José. Tampoco.
Amalia. Es singular! (*Mirando al reló de sobre mesa.*) Las ocho! (*Vase José.*)
Serafin. (*Aparte.*) Está inquieta! (*Alto.*) Por qué te alarmas? Mauricio habrá tenido asuntos...
Amalia. Eso es lo que supongo. A veces no puede uno disponer de su tiempo... y luego las ocupaciones...
Serafin. Es cierto que en ese caso es facil avisar...
Amalia. Oh! Si se pensase en todo!
Serafin. Y los maridos no piensan en nada.
Amalia. Tienes de ellos muy mala opinion.
Serafin. (*Sonriéndose.*) Malísima!
Amalia. Y de ti mismo, muy ventajosa, no es verdad?
Serafin. Escelente! Para no perderla, es por lo que continúo soltero.
Amalia. Pues te aseguro que hay maridos buenos.
Serafin. De veras?
Amalia. El mio, sin ir mas lejos.
Serafin. No le acuso yo al pobre Mauricio.
Amalia. Como está obligado á cuidar de la fortuna, del porvenir de su hijo, no es estraño que se ocupe menos de su muger; pero es contra su voluntad, y él es el primero que lo siente. Si, amigo mio, le debo tres años de completa ventura, sin que jamas la menor nube haya oscurecido nuestro horizonte.
Serafin. (*Aparte.*) Me equivoqué... no hay nada!
Amalia. Y por qué no te sientas? (*Don Serafin va á tomar una silla; ella escucha con atencion.*) Pára un carruaje á la puerta... Será él quizás? (*Asómase á la ventana para mirar.*)
Serafin. (*Aparte.*) Se halla inquieta... es positivo! Sin duda tiene algun presentimiento... (*Amalia cierra la ventana con impaciencia.*) Fijos son los toros! Está furiosa! Bravísimo! (*Amalia viene á sentarse y coge su labor con rabia.*) Esta noche tendrán una jarana de mil diablos! (*Se sienta junto á Amalia.*)
Amalia. (*Haciendo un esfuerzo para dominarse.*) Qué has hecho estos dias? Has ido á los teatros, á los bailes?
Serafin. Si; y estoy rendido.

Amalia. Yo fui anoche al Circo.

Serafin. Con Mauricio.

Amalia. (*Contrariada.*) No... con don Bernardo y su muger.

Serafin. Ah! Los inseparables... los esposos modelo! Ese sí que es un buen matrimonio!

Amalia. (*Algo picada.*) Ciertamente... nunca se los ve sino juntos! De modo que el buen doctor solo accedió á ser padrino de mi hijo, con la condicion espresa de que su esposa fuese madrina.

Serafin. Eso es aflictivo!

Amalia. Para quién?

Serafin. Para los apasionados de ella.

Amalia. Sí... porque pierden las esperanzas.

José. (*Anunciando.*) La señora del cuarto tercero.

Serafin. (*Levantándose.*) Adela! La misma de quien hablábamos.

Amalia. Que entre, que entre. (*Aparte.*) Si me librase de este importuno!

ESCENA IV.

DICHOS. ADELA.

Adela. Buenas noches, querida. (*Viendo á don Serafin.*) Perdona; no sabia que tuvieses gente.

Amalia. Mi primo no mas.

Serafin. Y ya sabe usted, señora, que los primos no son nadie.

Adela. (*A Amalia.*) Mi marido acaba de salir á ver un enfermo, y me he aprovechado de su ausencia para bajar á pedirte un favor.

Serafin. Secretos? Pues las dejo á ustedes en libertad. (*Yendo á tomar su sombrero.*)

Amalia. Te marchas ya?

Adela. Parece que soy yo quien le asusta á usted.

Serafin. No imagine usted tal... pero tengo un asunto indispensable. Luego volveré á ver si Mauricio ha venido.

Amalia. No puede tardar.

Serafin. (*Aparte.*) Si yo averiguara con quién ha comido el picaron! Me daré una vuelta por la fonda de L'Har-

dy... y aguardo descubrir ese misterio. (*Saluda y se va.*) Señoras...

ESCENA V.

AMALIA. ADELA.

Amalia. Qué hombre tan insoportable!

Adela. Es insufrible!

Amalia. Nos fastidia con sus visitas, so pretesto de hablar de sus negocios á Mauricio, y no tiene ninguno.

Adela. Lo propio sucede en casa. Va de continuo á consultar á Figueroa acerca de su salud, que es escelente, como la de todos los tontos.

Amalia. Y sin mas objeto que el de espiar, de saber lo que pasa en todas partes.

Adela. Luego, tiene una que ponerle buena cara, porque es tan mala lengua!

Amalia No hablemos mas de él.— Qué favor me ibas á pedir?

Adela. Querida, es menester que me prestes tu dominó; no es para mi... desgraciadamente, sino para doña Angela, la nueva vecina del cuarto principal, que acaba de enviarme su doncella con esa peticion. Va á las máscaras esta noche con dos amigos, sin que sepan nada los maridos... Qué felicidad! y quiere ver tu capuchon para arreglarse otro por el estilo.

Amalia. Voy á mandar que te lo den. (*Tira de la campanilla.*)

Adela. Ya concebirás que no hay que hablar de semejante cosa á mi esposo; como es tan distraido, podria descubrir á esas pobres señoras.

Amalia. (*A la criada, que entra por el fondo.*) Saque usted mi dominó...

Adela. Sí... y yo iré á buscarlo á tu cuarto. (*La criada se vuelve á ir.*)

Amalia. (*Amargamente.*) Un baile! Placeres! Muy dichosas son las que se pueden divertir, y yo envidio su suerte.

Adela. Y qué tienes? Que agitada estás! Acaso la maldita jaqueca?... Ya sabes que yo, como esposa de un médico, admito tambien consultas.

Amalia. No es eso; Adela, debo consultarte acerca de un caso mas grave.

Adela. Sí? Pues entonces te advierto que mi ciencia no conoce otros remedios que el agua de tila ó de flor de malvas.

Amalia. Te ruego que no te chancées, y que me escuches. Se trata de un asunto formal; del reposo, de la felicidad de toda mi vida!

Adela. Dios mio!

Amalia. Y tú, mi confidente, mi amiga de la niñez, tú, que casada hace mucho mas tiempo que yo, has sabido encadenar á tu marido...

Adela. Cómo, cómo?...

Amalia. Tú comprenderás mis inquietudes y mis pesares.

Adela. Pues qué hay?

Amalia. Hay... hay... que Mauricio anda distraido...

Adela. (*Asustada.*) Misericordia! El, que durante tres años se habia portado tan bien...

Amalia. Sin duda... al principio todos son buenos.

Adela. Y posées pruebas seguras?

Amalia. Pruebas horribles... espantosas!

Adela. Pobre amiga mia!

Amalia. Antes me prodigaba cuidados y atenciones; apenas salia; me consagraba las noches... sin escepcion... Ahora va para un mes que se retira á las doce ó la una.

Adela. Y qué mas?

Amalia. Nunca comia fuera; actualmente lo verifica á menudo, ó siempre llega tarde...

Adela. Y qué mas?

Amalia. Cómo! Te parece poco?

Adela. Y esas son las pruebas horribles, espantosas, de que me hablabas?

Amalia. Encuentras que no son bastantes?

Adela. Es decir, no veo lo que puede desesperarte, y hacerte acusar á tu marido. Francamente, un hombre tiene ocupaciones, negocios, que no le permiten estar siempre al lado de su esposa.

Amalia. Pues Figueroa no se separa de ti.

Adela. Figueroa! Quisieras un marido como él? No hay duda que serias feliz.

Amalia. Cómo! Él tambien?...

Adela. No, no... Jesus, María y José! El pobre no piensa siquiera en ello... Ay!

Amalia. Y te quejas?

Adela. Bernardo es el consorte mas virtuoso que puede darse... es un patriarca, querida, un santo! Solo le conozco un defecto... y es bastante.

Amalia. Y cuál es?

Adela. El de no poder pasarse un minuto sin mí. Le proponen un dia de campo, un baile, ó ir al teatro? — Con sumo gusto... pero con mi muger. — Si sus amigos quieren arrastrarle á una reunion científica, ó á una comida de fonda... Bravo... perfectamente... con mi muger! — Siempre, siempre con su muger! Es en él una idea fija... una enfermedad crónica! Asi hay momentos en que desearia fuese menos juicioso, menos fiel... y en que casi desearia que tuviese alguna intriguilla.

Amalia. Adela!

Adela. (*Sonriéndose.*) Acaso voy demasiado lejos; mas es tan fastidioso tener un marido que parece la sombra de una! Mira, esta noche, crees que si estuviese algo mas libre no iria al baile con doña Angela y sus amigas? Sus maridos se hallan de guardia en el ministerio, y ellas se van hasta las dos ó las tres á las máscaras, solas, sin ningun hombre... Qué mal hay en esto? A mí me seria necesario llevar á mi lado mi caro esposo, y entonces á Dios diversion, á Dios broma! En fin, lo creerás? Solo respiro cuando está de servicio en el hospital, cuando sale á la calle, cuando va á sus visitas...

Amalia. Qué diferencia entre nosotras! Para mí la única felicidad es ver á mi esposo á mi lado...

Adela. Y la mia tenerle á cien leguas. El amor es como el opio; da la vida cuando se usa de él con moderacion; mata cuando se emplea con esceso.

Mauricio. (*Dentro.*) Sí, sí, he comido ya.

Amalia. Es él! Gracias á Dios! (*Se acerca con despecho á la chimenea.*)

ESCENA VI.

DICHAS. DON MAURICIO.

Mauricio. Señora, muy buenas noches; á Dios, Amalia; me alegro de encontrarte tan bien acompañada, porque temia que te fastidiases.

Adela. En efecto, la he hallado muy triste, muy melancólica... Porque hay mugeres que se aburren lejos de sus maridos... No hay muchas... pero las hay.

Mauricio. (*A Amalia.*) Querida, no me dices nada? Acaso estarás enfadada conmigo? Si supieses cuánto siento... pensaba comer aqui. . y venia ya hácia acá... cuando tuve un encuentro...

Amalia. Ah! Un encuentro! Y dónde comiste?

Mauricio. Yo? En... en la fonda.

Amalia. (*Mirándole*) Y bastante bien, segun parece... porque traes unos ojos...

Mauricio. Traigo unos ojos!... Buena ocurrencia! Habia de venir sin ellos? Figúrate, por el contrario, que he comido lo mas frugalmente posible... como un anacoreta... chuletas de carnero... pescado... y una botella de Valdepeñas para dos. A menos que no sea el salmon el que se me ha subido á la cabeza... (*Aparte.*) Maldito Champagne! Siempre le descubre á uno!

Amalia. Y quién ha sido tu compañero en ese banquete tan pobre?

Mauricio. Quién? Aunque te lo dijese... tú no le conoces...

Amalia. No importa.

Mauricio. Pues bien, fue... un comerciante... un comerciante de Barcelona... que tenia que hablarme de un asunto... y se llama Baldragas.

Amalia. Qué apellido! Cualquiera creería que es inventado!

Mauricio. Bien, bien, perfectamente... Antes tenia unos ojos... ahora invento apellidos... Como si no pudiera un hombre llamarse Baldragas!

Adela. (*Riéndose.*) Ah! ah! De todos modos, no es muy bonito!

Mauricio. (*Riéndose.*) Ah! ah! No le gusta á usted? Es apellido catalan... originario del Rosellon... Baldragas! Pues á mí no me suena mal!

Amalia. Y por la mañana, qué hiciste? Dónde has estado?

Mauricio. Hola, hola! Mas preguntas? (*A Adela.*) Creerá usted, señora, que no puedo salir ni entrar sin sufrir semejante interrogatorio? Adónde vas? De dónde vienes? Qué has hecho? Y yo, lo confieso, no puedo tolerar las preguntas... Me crispan los nervios... me irritan, me... (*A Amalia.*) He estado en la Bolsa. Vamos, basta con esto? (*Se acerca á la chimenea.*)

Adela. (*A Amalia, bajo.*) Ves lo que yo te decia?

Amalia. (*Acercándose á Mauricio.*) Y... solamente estuviste allí?

Mauricio. Solamente.

Amalia. De verdad?

Mauricio. Allá he pasado todo el dia. Dura aun el enfado?

Amalia. (*Tendiéndole la mano.*) No, no.

Mauricio. (*Besándosela.*) Sea enhorabuena.

Adela. (*A Amalia.*) No tienes motivo para quejarte.

Mauricio. Hubiera sentido mucho separarnos asi.

Amalia. Cómo!... Vas á salir de nuevo?

Mauricio. No ahora mismo... luego, dentro de un cuarto de hora ó veinte minutos. Tengo una cita... para unos cupones... que debo entregar esta noche... á...

Amalia. Al señor Baldragas quizás?

Mauricio. Precisamente.

Amalia. (*Con despecho.*) Y yo me quedaré aqui sola, durmiéndome de fastidio... Y qué importa? Una vez mas ó menos, no es nada!

Mauricio. (*Con impaciencia.*) Cualquiera creerá que salgo por mi gusto! (*Aparte.*) Son divertidas estas chinchorrerías!

Adela. (*Bajo á Amalia.*) Ay amiga! Yo quisiera que mi marido conociese tambien algun Baldragas!

ESCENA VII.

DICHOS. DON BERNARDO.

Bernardo. (*Saliendo.*) Señoras, que las tengan ustedes muy buenas. (*Amalia le saluda.*)

Mauricio. Felices, doctor. (*Dándole la mano.*)

Adela. Cómo, de vuelta ya? No has tardado hoy mucho en tus visitas!

Bernardo. Es que ahora tengo pocas. Es una calamidad! Nunca ha habido menos enfermos! Ademas, el primero que visité no tenia nada; en cuanto al segundo, tampoco... se habia muerto! Noventa y cinco años! No dirán que le ha matado el médico!

Mauricio. Ya sabes que la escepcion prueba la regla.

Bernardo. Bribon! (*A Adela.*) Cuando llegué á casa, me dijeron que estabas aqui... y me bajé al instante.

Adela. (*Aparte.*) Naturalmente!

Bernardo. Me permiten ustedes que abrace á mi muger? Nunca entro ni salgo sin cumplir esa formalidad. Es costumbre que he heredado de mi padre, el cual no faltó á ella durante medio siglo. Lo propio espero hacer yo.

Adela. (*Aparte, sonriéndose.*) Buen consuelo!

Bernardo. (*A Mauricio.*) Chiquito, tú eres invisible! Qué haces, dónde te metes? Ya no te se encuentra en la Bolsa.

Mauricio. (*Turbado.*) Has estado hoy?

Bernardo. Tres veces... para hablarte de una compra de papel que quiero verificar. Mas es imposible echarte la vista encima.

Amalia. (*Aparte.*) Cómo!

Mauricio. (*Levantándose vivamente.*) Me buscarias mal.

Amalia. Sin duda. Mauricio ha pasado alli todo el dia.

Mauricio. Todo el dia.

Bernardo. Permiteme... Yo te divisé á las dos en la calle de Jardines.

Amalia. En la calle de Jardines?

Mauricio. A mi?

Bernardo. A tí. Qué diantre! Yo no soy miope, y te conocí muy bien, aunque no te pude alcanzar. Salias del número 19... Eché á correr tras de tí, mas tu cabriolé iba tan de prisa...

Mauricio. (*Aparte.*) Ojalá te hubiera aplastado, maldito hablador! (*Alto.*) En efecto... recuerdo... calle de Jardines... á las dos... Iba á casa de un banquero... para unas letras...

Bernardo. Banquero en el número 19! No hay ni cosa que se le parezca en toda la casa!

Amalia. Qué dice? (*Aparte.*)
Bernardo. Yo conozco á todos los inquilinos, y...
Adela. (*Aparte.*) Pobre Mauricio!
Bernardo. En el piso principal vive Sandoval el diputado; en el segundo Giron el oficial de la secretaria; y en el tercero...
Mauricio. (*Impaciente.*) Por Dios, basta de nomenclatura. Yo salia del cuarto de Sandoval.
Bernardo. Si está en Cádiz!
Amalia. En Cádiz?
Mauricio. Ha vuelto ya.
Bernardo. Ah!
Mauricio. Esta mañana.
Bernardo. Pues si se marchó antes de ayer!
Mauricio. (*Aparte.*) Qué suplicio! (*Alto.*) Y qué prueba eso? No pudo haber cambiado de idea en el camino?
Amalia. Sin duda, doctor. (*Con ironía.*) Mauricio dice muy bien; dos dias sobran para ir á Cádiz y volver... esto es, sobrarán cuando haya caminos de hierro. Ademas, un diputado puede ser banquero... la Constitucion no lo prohibe, y es cosa que se ve muy á menudo...
Mauricio. (*Aparte.*) Se burla de mí... y tiene razon!
Bernardo. Y ahora que me acuerdo, Sandoval banquero... él, un químico... Buen disparate!
Mauricio. (*Bajo.*) Cállate, demonio!
Bernardo. (*Sorprendido.*) Qué, qué dices?
Adela. (*Pellizcándole por el otro lado.*) Que te calles!
Bernardo. (*Muy sorprendido.*) Carambola! (*Aparte.*) Qué tendrán todos?
Amalia. (*Aparte.*) Es una mentira!
Adela. (*Aparte.*) Amalia va á saltar, y habrá jarana.
Mauricio. (*A José, que sale por el fondo.*) Qué quieres, José?
José. No le busco á usted, sino á la señora de arriba, pues ha venido su doncella á decir...
Adela. Bien, bien, ya sé lo que es. (*Aparte.*) Si pudiese distraerlos asi!
Bernardo. Qué es, mi vida?
Adela. Nada... una cosa que solo nos concierne á Amalia y á mí... sobre un trage. Vamos?
Amalia. Si, sí... vamos.

Adela. (*A Bernardo.*) En casa me hallarás.

Amalia. (*Aparte, mirando á su marido.*) Cómo deseo verme á solas con él!

Mauricio. (*Notando la mirada de su muger.*) Buena me espera!

ESCENA VIII.

DON BERNARDO. DON MAURICIO.

Mauricio. (*Paseándose con agitacion.*) Gracias, querido; te has portado!

Bernardo. Qué es eso? Tienes calentura?

Mauricio. Eres un topo... no adivinas nada. No comprendiste lo que yo sufria?

Bernardo. Vamos, vamos, cálmate; no nos apresuremos, amigo mio; el diagnóstico exige muchos cuidados. (*Tomándole el pulso.*) Dónde te duele?

Mauricio. Bah! Yo estoy mejor que tú! (*Don Bernardo le mira con sorpresa.*) Por qué te ocurre decir delante de mi muger que me has encontrado en la calle de Jardines?

Bernardo. Y qué mal hay en eso?

Mauricio. Hay mal, hay mal. Y si me conviene hacer creer á Amalia que he pasado toda la mañana en la Bolsa, quién te mete á desmentirme?

Bernardo. Como yo no acostumbro á usar misterios ni embrollos... Lo siento en el alma!

Mauricio. Al menos, cuando me veias turbado, confuso, debiste callarte; hacer por enmendar tu yerro; pues nada, nada, erre que erre.

Bernardo. Es cierto; yo erre que erre.

Mauricio. Y gracias á tí, voy á tener la gresca mas terrible...

Bernardo. Por qué? Porque has ido á casa de un banquero... químico?

Mauricio. Has dado en el item!

Bernardo. Pues es claro; me dices una cosa, y yo la creo.

Mauricio. Qué desgracia que mi muger no tenga tu credulidad! Bien ha conocido ella que era una mentira!

Bernardo. (*Admirado.*) Ah! No salias de casa de Sandoval?

Mauricio. Ni le conozco siquiera.

Bernardo. Ya decia yo... Ese regreso tan repentino... la banca y la ciencia en buena armonía... no era posible!

Mauricio. Tú tienes la culpa... si no hubieses hablado de esa maldita calle de Jardines...

Bernardo. (*Afligido.*) Es verdad! Si yo hubiese podido preveer...

Mauricio. Y cuando Amalia me pida una esplicacion, lo que no dejará de suceder, qué quieres que la diga?

Bernardo. Lo mas sencillo... es que la cuentes la verdad.

Mauricio. La verdad!... Hay circunstancias...

Bernardo. Jamas hay circunstancias... Mira, la dices abrazándola, porque un abrazo siempre prepara bien... es un emoliente... la dices... «Alma mia, yo venia de...» (*Reflexionando.*) y á propósito, de dónde venias tú?...

Mauricio. Del piso tercero.

Bernardo. Ah!... Si en el tercero vive una muger...

Mauricio. Una muger encantadora!

Bernardo. Desventurado! Tiemblo de comprender... ese engaño, esa mentira... esa visita al cuarto tercero... Son sintomas alarmantes! Acaso te sentirás atacado de un principio de infidelidad?

Mauricio. Estás loco!

Bernardo. (*Severamente.*) Y sino, cómo me esplicas tus visitas á aquella lindísima jóven?

Mauricio. Tambien se las haces tú.

Bernardo. Yo como médico.

Mauricio. Y yo como su agente... de Bolsa.

Bernardo. (*Sorprendido.*) Ah!

Mauricio. Es una cliente... y cuando me encontraste, venia de tomar sus órdenes para mañana.

Bernardo. Cómo! Era para?... (*Apretándole la mano.*) Amigo mio, celebro infinito lo que me acabas de decir. Yo creí al pronto... Mas una vez que eres su agente... cambia de especie. Perdóname.

Mauricio. Por otra parte, no ignorabas que yo conozco á esa señora, porque te he pedido con frecuencia noticias suyas.

Bernardo. Tienes razon, tienes muchísima razon. En qué estaba yo pensando? Mas en ese caso no sé lo que te impedia decir á tu esposa...

Mauricio. Apelo á tí mismo; cuando te manda á llamar alguna linda enferma, le hablas de ello á Adela?

Bernardo. Sí.

Mauricio. Sin embargo, si se trata de una muger á la moda... que recibe al doctor en un delicioso gabinete... si usando de tus privilegios, picaron, has descubierto un brazo precioso... y estrechado una mano divina... vas tambien á contarle todo eso á tu cónyuge?

Bernardo. Sí, no guardo secreto ninguno con ella. Y ademas, los brazos preciosos, las manos divinas, no me importan un bledo, porque yo los miro bajo el punto de vista de la ciencia.

Mauricio. Y yo desde el punto de vista de la Bolsa. La única diferencia entre nosotros es que tú tienes una muger confiada, mientras que la mia es celosa...

Bernardo. Porque le ocultas tus acciones. Mira á mi Adela... pobre pichona! Mirala siempre qué tranquila, qué contenta! Y no obstante, ella sabe que yo voy á casa de esa señora de la calle de Jardines, que voy muy á menudo... Porque no he visto enferma mas estraordinaria que la tal... Me hace llamar dos ó tres veces al dia, ya por su jaqueca, ya por sus ataques de nervios... Voy corriendo, y siempre la encuentro muy alarmada.—Doctor, yo me muero, yo me muero! esclama.—Y está tan buena como tú y yo.—Pero mi presencia la tranquiliza; cree que el mal ha desaparecido en cuanto yo llego, y sin mas trabajo que este me gano un duro ó dos al dia.—Mira, precisamente ahora vengo de su casa...

Mauricio. (*Sorprendido.*) Cómo! La has visto esta noche?

Bernardo. Sí, cuando volví á comer, me encontré con recado de que fuese allá.

Mauricio. (*Con una indiferencia afectada.*) Pues qué tenia?

Bernardo. (*Alegremente.*) Ahora le tocaba á la jaqueca.

Mauricio. La jaqueca? De veras?

Bernardo. Y horrorosa, segun ella decia.

Mauricio. (*Aparte, con despecho.*) Es que no podrá recibirme!

Bernardo. (*Con viveza, y abriendo la puerta del fondo.*) Ah! He oido cerrar una puerta...

Mauricio. (*Con temor.*) Será mi muger quizás.

Bernardo. (*Mirando.*) No... es Adela que sube, y voy al instante á buscarla... Pobrecita! No puede vivir lejos de mí! Vamos, Mauricio, haz una buena resolucion; nada de mentiras ni de enredos... Mientras tú esperas á tu muger temblando, yo corro en busca de la mia, con el corazon tranquilo, y la frente levantada... sin miedo y sin tacha, como don Quijote...—Con que, amigo mio, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON MAURICIO.

No puede recibirme... tiene jaqueca! Sin embargo, cuando nos separamos una hora há al salir de la pastelería suiza, me dijo: hasta la noche. —Confieso que esto me fastidia mucho!—Y á pesar de todo, no puedo menos de reirme al pensar en el pobre doctor, que sin sospecharlo, viene á cada instante á traerme la orden del dia!—La jaqueca quiere decir que no está libre...—Los ataques de nervios, que me espera.—Y el buen Esculapio, mensagero de amor, nada, como si tal cosa, con una buena fé, con una inocencia... (*Cambiando de tono.*) Y á decir verdad, tiene razon cuando me predica. Cuántos apuros paso, cuántas desazones! Y para qué, en suma? Para correr detras de la sombra del placer, porque en un mes que esto dura, todavía estoy en el capítulo de las esperanzas. Un mes, durante el cual no he hecho mas que buscar pretestos, forjar embustes...—En la calle temo que me encuentren; aqui, temo venderme; tengo miedo de mí mismo, miedo de mi sueño... Dios mio! Si yo hablase durmiendo! (*Se sienta junto al piano.*) Ademas, ese torpe de Figueroa que ha venido á despertar las sospechas de Amalia! Aqui está... Qué tempestad se prepara!—Vamos, arriemos velas, y dejemos pasar la borrasca!

ESCENA X.

AMALIA. DON MAURICIO.

Mauricio. (*Aparte, mientras ella atraviesa el teatro y viene á colocarse entre su esposo y el piano.*) No hay mas remedio que aguantar el chubasco.

Amalia. (*Acercándose á él, y con dulzura.*) Mauricio... (*El la mira con sorpresa.*) Te pido la mano, y mi perdon.

Mauricio. Cómo! Perdonarte... á tí... yo?

Amalia. Antes, en presencia de nuestros amigos, te he molido á preguntas... y eso te ha incomodado. (*Movimiento de Mauricio.*) Oh! Yo lo comprendo muy bien; á los hombres no les gusta que les pidan cuentas... y acaso el marido de quien sospecha una, se cree con derecho para faltarla por eso mismo.

Mauricio. (*Levantándose.*) Cómo! Podrias creer?...

Amalia. Amigo mio, en adelante aguardaré tus confianzas, y no te haré mas preguntas.

Mauricio. (*Aparte.*) No mas quimeras... no mas disputas!... Para mi son todos los beneficios!

Amalia. Vaya, estás enfadado aun?...

Mauricio. Yo? No por cierto!

Amalia. (*Presentándole su sombrero, que ha tomado de encima del piano.*) Ahora que hemos hecho las paces, no quiero detenerte ya.

Mauricio. Cómo!...

Amalia. No me dijiste que tenias una cita? Yo no te pregunto nada... no exijo... en fin, tú eres libre de... Vé, Mauricio, vé! — Tú volverás cuando puedas!

Mauricio. (*Aparte.*) Voy á venderle la fineza de que me quedo, una vez que no tengo ya que salir!

Amalia. Y bien, no te marchas?

Mauricio. No, vida mia; ya no salgo.

Amalia. Y aquel asunto?...

Mauricio. No hay asunto que valga. Acabas de manifestarte tan buena, tan amable conmigo, que no quiero renunciar á la ventura de pasar la noche junto á tí.

Amalia. (*Con alegría.*) Es posible! Me haras ese sacrificio?

Mauricio. Con toda mi alma!

Amalia. Y si te fastidias quizás?
Mauricio. Fastidiarme á tu lado!
Amalia. Cuán feliz soy oyéndote hablar asi! (*Aparte.*) Y qué bien he hecho en seguir el consejo de Adela!... (*Alto.*) Ven, ven, Mauricio, abrázame! (*Mauricio abraza á su muger, al tiempo que sale don Serafin.*)

ESCENA XI.

DICHOS. DON SERAFIN.

Serafin. (*Con sorpresa.*) Oh! (*Aparte.*) Perfectamente! Llego en el instante crítico de la reconciliacion!
Mauricio. Hola! Eres tú, Serafin?
Amalia. A propósito, habia olvidado decirte que ya he visto á mi primo esta noche.
Mauricio. Ah! Con que has venido antes?
Serafin. Sí... al pasar... subí...
Mauricio. Pero qué tienes? Qué cara tan original!
Amalia. Le habrá salido mal el asunto por el cual me abandonó repentinamente poco há.
Serafin. Sí... en efecto.
Amalia. Y no hay esperanzas?
Serafin. Ninguna... he aguardado una hora inútilmente, y he perdido la ocasion.
Mauricio. Quién sabe! Tal vez mas tarde te se vuelva á presentar.
Serafin. No es imposible! (*Aparte.*) Dónde diablos habrá comido?
Amalia. (*Aparte.*) Si se irá á quedar aqui?
Serafin. Vas á pasar la noche en tu casa? (*A Mauricio.*)
Mauricio. Si, querido; se la consagro á mi muger.
Serafin. (*Con una sonrisa forzada.*) Muy bien, muy bien! (*Aparte.*) Y yo que pensaba encontrarlos reñidos!
Mauricio. Voy á mandar recado á Figueroa y á su muger, para que bajen á jugar una partida de tresillo. (*Llamando.*) José!
Serafin. Pues si no os incomodo...
Mauricio. Incomodar tú!
Amalia. (*Bajo á Mauricio.*) Eso es... él mismo se convida.

Mauricio. Pues yo creía que ibas todas las noches al Casino.

Serafin. No nos reunimos hasta las doce ó la una... Entonces van el vizconde de Mangiron, el marques de Bello-Campo...

Mauricio. Ah! El marques de Bello-Campo! El antiguo coronel! Es uno de mis clientes!

Serafin. Y un hombre que conserva aun bastante partido entre las mugeres. (*Bajo á Mauricio.*) Dicen que tiene ahora una querida preciosa... la linda Florentina!

Mauricio. (*Vivamente.*) La conoces tú?

Serafin. Yo no. (*Bajo.*) Solo sé que vive en la calle de Jardines.

Mauricio. (*Tosiendo.*) Hum! hum! (*A José, que sale.*) José, vé á la confitería de la calle de Majaderitos por unos merengues. (*A Amalia.*) Como sé que te gustan mucho...

Amalia. Qué bueno eres! (*Con gratitud.*)

Serafin. (*Aparte.*) Pues señor, parece que aun estan comiendo el pan de la boda! Son dos tortolitos!

Mauricio. Ah! José, de vuelta sube á casa de don Bernardo, y dile que agradeceré que baje con su señora á jugar un tresillito.

Serafin. No vaya usted, José; iré yo mismo... Justamente tengo que consultar al doctor acerca de mis palpitaciones. (*Señalando al corazon.*) Tengo este órgano tan sensible!

Mauricio. (*Riéndose.*) Ah! ah! El enfermo de aprension!

Serafin. Hasta despues. (*Aparte al marcharse.*) Aqui no es posible conseguir nada... Veremos en el cuarto tercero. (*Vase.*)

ESCENA XII.

AMALIA. DON MAURICIO.

Amalia. (*Muy alegre.*) Y tú, Mauricio, mientras vienen los amigos, ven á sentarte á mi lado! (*Acerca su sillon á la chimenea.*)

Mauricio. Eso es; sentémonos. (*Se sienta junto al fuego en el sillon; Amalia se coloca al lado en un taburete.*)

Amalia. Mucho tiempo hace, caballerito, que no le he visto á usted tan amable como esta noche!

Mauricio. (*Tendiéndola la mano.*) Van á volver las buenas costumbres. No hay cosa como estar uno en su casa, tumbado en un cómodo sillon...

Amalia. Junto á su muger.

Mauricio. Y cerca del fuego!

Amalia. Hay siempre tanto que decirse!

Mauricio. (*Tiernamente.*) Sí... tanto, tanto! (*Cambiando de tono.*) No te parece que hace humo la chimenea?

Amalia. No por cierto.

Mauricio. Será aprension mia.

Amalia. (*Con ternura.*) Mauricio!

Mauricio. (*Cogiendo un periódico de encima de la chimenea.*) Permíteme, querida, que eche una ojeada á la sesion de Cortes de ayer...

Amalia. En buen asunto vás á pensar!

Mauricio. No la lei esta mañana... y fue muy interesante. Escucha, escucha: *Proyecto de ley para que los perros paguen contribucion!* Cáspita! Nadie se escapa! Ni los perros! Bendito sistema tributario!

Amalia. (*Con dulzura.*) Yo no entiendo una palabra de política, y me parece que hubieras podido elegir otro momento para...

Mauricio. Se desechó la proposicion... Eso es lo único que deseaba saber. (*Deja el periódico.*)

Amalia. (*Con alegría.*) Hablemos de nosotros, amigo mio... de nuestros recuerdos, de...

Mauricio. De nuestro amor!

Amalia. No me atrevia á pronunciar esa palabra!

Mauricio. Por qué?

Amalia. Porque hay dias en que creo que me amas menos.

Mauricio. Y dices eso... cuando estoy aquí... á tu lado... cuando podria salir... ir á distraerme á otra parte?...

Amalia. Es verdad! Soy injusta! (*Con abandono.*) Pues bien, hablemos, hablemos de nuestro amor!

Mauricio. Decididamente, hay mucho humo aquí!

Amalia. (*Levantándose de mal humor.*) Otra vez!

Mauricio. (*Arreglando el fuego.*) Ya me he quejado veinte veces al casero!

Amalia. (*Yendo hácia la ventana.*) Quieres que abra?

Mauricio. Para helarme? Gracias! — Declaro que no pa-

garé los alquileres hasta que la chimenea no haga humo. Y la de tu cuarto lo hace tambien?

Amalia. (*Con despecho.*) Nada!

Mauricio. Maldito humo! Ha venido á interrumpir una conversacion tan interesante! De qué hablábamos?

Amalia. Lo he olvidado tambien... como tú.—Quieres que toquemos un poco el piano?

Mauricio. (*Tendiéndose en el sillon.*) Sí, sí... canta, querida, canta... yo te escucharé y te aplaudiré...

Amalia. (*Acercándose al piano.*) Justamente tengo aqui una cancion preciosísima! «Tu corazon es mio!»

Mauricio. No, no... otra cosa mas alegre... A mí me gusta la música viva, estrepitosa... (*Aparte.*) para despertarme si me duermo!

Amalia. Voy á buscar... (*Revuelve los papeles de música.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Es singular! Cuando uno ha perdido la costumbre de estar en su casa, cuesta mucho habituarse! (*Alto.*) Encuentras?

Amalia. Estoy buscando...

Mauricio. Cántame los *Toros del puerto*... me gusta mucho esa cancion. (*Cantando.*)

Que vivan los cuerpos buenos,
y viva la gente crúa...

(*Aparte.*) Quisiera saber lo que pasa en la calle de Jardines! (*Alto, cantando.*)

Avechucho!
Atrácame ese falucho...
Quién se embarca, quién se múa?...
Que se larga mi falúa...
Que se larga para el puerto! (*Se duerme.*)

Amalia. (*Separándose del piano.*) Ah! Aqui hay una cosa alegre! Una cancion de Iradier que te gustará... Mauricio! Mauricio!

Mauricio. (*Soñando.*) Cochero... cochero! A Villa-hermosa!

Amalia. (*Acercándose asombrada.*) Qué dice?

Mauricio. Al baile de máscaras!

Amalia. Se duerme! Ya no me ama! (*Enjuga una lágrima; al mismo tiempo se abre la puerta del fondo.*)

Serafin. (*Dentro.*) Entre usted, Adelita, entre usted... La estan esperando!

Amalia. (*Corriendo hácia su marido, y despertándole.*) Mauricio! Que viene gente!

Mauricio. (*Levantándose bruscamente, y cantando.*) Ah! Señorita,
levante usté esa patita...
(*Aparte.*) Creo que me iba á dormir!

ESCENA XIII.

DICHOS. ADELA. DON SERAFIN.

Serafin. Aqui tienes á tu amiga, prima.

Adela. Cómo, con que tenemos tertulia? Magnífico! Ha sido idea de usted, Mauricio? Pues le felicito por ella! (*A Amalia.*) Parece que mi consejo ha probado! (*Mauricio va á disponer la mesa para el juego.*)

Amalia. Perfectamente! Y te doy las gracias!

Serafin. (*Aparte.*) Paz octaviana en el cuarto tercero, como aqui! No adelantaré nada esta noche!

Mauricio. Ayúdame, Serafin. Y Figueroa, no vendrá?

Adela. Oh! Sí!

Bernardo. (*Dentro.*) Y mi muger! Dónde está mi muger?

Adela. Mírele usted! Está de Dios que no he de poder divertirme una vez sin él!

ESCENA XIV.

DICHOS. DON BERNARDO.

Bernardo. (*Sale con una carta en la mano.*) Aqui estoy! Aqui estoy! Tresillo! Merengues!... Perfectamente... con mi mugercita!

Adela. Siempre!

Bernardo. Vida mia, lo siento en el alma... sé que voy á causarte una gran pesadumbre... Pero será preciso que nos separemos á las doce!

Adela. Ah! De veras? Y por qué?

Bernardo. (*Enseñándola la carta abierta.*) Mi cólega Moralejo está en la cama, y me pide que haga la guardia por él esta noche en el hospital.

Adela. Cómo ha de ser, querido! Lo primero es la obligacion!

Bernardo. Como sé que te pones tan triste cuando te quedas sola!

Serafin. (*Aparte.*) Pues señor, he caido en un palomar! (*Se acerca á las señoras.*)

Bernardo. (*Bajo á Mauricio.*) Ahora vengo otra vez de la calle de Jardines...

Mauricio. Sí? Ahora?

Bernardo. Cuando me marché de aqui poco há, encontré en mi casa un billetito que decia: «Venga usted... venga usted!... Estoy á la muerte!» Fuí corriendo...

Mauricio. Y qué?

Bernardo. (*Alegremente.*) Habia desaparecido la jaqueca... pero entonces eran los nervios...

Mauricio. (*Turbado.*) De veras? Los nervios?

Bernardo. La mandé agua de tila, y apunté una visita mas en mi cuenta.

Mauricio. (*Aparte.*) Quiere decir que me espera... y yo que he prometido quedarme aqui!

Amalia. (*Que se ha sentado con Adela y don Bernardo á la mesa de juego.*) Amigo mio, quieres venir?

Mauricio. (*Yendo á colocarse.*) Sí... si... ciertamente. (*Aparte.*) Parece que lo enreda el diablo! Estoy en un potro!

ESCENA XV.

DICHOS. JOSÉ.

Mauricio. (*Viendo al criado.*) Ah! José, traes los merengues?

José. No señor, no he podido encontrarlos... he corrido todo Madrid inútilmente.

Mauricio. (*Aparte.*) Qué idea!

José. Ha habido un gran consumo; todos se han despachado.

Mauricio. Tú, que no tienes maña para nada!

Amalia. Que traiga yemas en su lugar.

Adela. Si, es lo mismo.

José. Estoy seguro de que usted, señor, no los hallaria.

Mauricio. (*Levántandose.*) A que si los hallo?

Amalia. Cómo! Vas á salir ahora?

Bernardo. Con el frio que hace!

Mauricio. Un cuarto de hora... no necesito mas... para convencer á ese hombre de su torpeza!

José. Cuando le aseguro á usted...

Mauricio. Silencio! A mí no se me replica! Hola, hola!—Mi sombrero!

Amalia. Mauricio! (*Deteniéndole.*)

Mauricio. Es ya una tema! Déjame!

Adela. Tiene razon Amalia. Es una tontería...

Mauricio. Si he de lograr el gusto de avergonzarle!—Luego, yo no les hago á ustedes falta para jugar... Serafin me reemplazará...

Serafin. Sí, sí. (*Aparte.*) Si pudiese aprovecharme de su ausencia!

Bernardo. Pues despáchate.

Amalia. Acuérdate de que te esperamos... Vuelve pronto...

Mauricio. Sí, pronto volveré... (*Aparte.*) Las espaldas! Pies para qué os quiero? (*Vase con precipitacion.*)

Amalia. Qué capricho!

Bernardo. (*A Adela.*) Corta, muger.

Amalia. (*Sentándose con disgusto.*) Vamos! (*Se ponen á jugar y baja el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Un salon de descanso en un baile público de máscaras.— En el fondo la puerta de entrada; y otras dos á cada lado, que se suponen ser de piezas reservadas para cenar.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. EL VIZCONDE. DON SERAFIN. DON LUCIANO.

Marques. Con que acabe usted su cuento, señor don Serafin.

Serafin. De veras les divierte á ustedes, señores?

Marques. Infinito.

Luciano. Aqui, en esta pieza de descanso, estamos perfectamente, porque nadie nos interrumpe; y como se halla muy lejos del salon principal, ni siquiera se oye la música del baile.—Con que siga usted, amigo, pues á mí me interesa mucho la anécdota... en mi cualidad de hombre casado...

Marques. Decia usted que el marido salió en busca de merengues?

Serafin. Encargándome que le sustituyese en el tresillo.

Marques. Y luego?

Luciano. Y despues?

Serafin. Pasó media hora, una... y Malborough no viene ya!...

Todos. Malborough?...

Serafin. El susodicho esposo... Es un pseudonimo que yo uso para guardar el secreto.

Marques. Reservado usted!... Es decir, mala lengua. Siga usted, siga usted!

Serafin. Ya comprenderán ustedes, señores, que aquella prolongada ausencia comenzaba á parecer sospechosa; todos estaban pensativos; el juego no iba bien; la dueña de la casa miraba sin cesar el reló, y yo me reia para mis adentros diciendo: bravo! bravisimo! La cosa marcha!

Luciano. Pero al fin y al cabo volveria el marido?

Serafin. A las doce y media, cuando la tertulia se deshizo, no habia noticias suyas.

Todos. De veras?

Serafin. Andaba todavía detras de los merengues.

Marques. Iria á la China á buscarlos.

Luciano. Se conoce que es hombre ligero!

Serafin. Asi, señores, despues de semejante conducta, no hay duda que es un marido que se distrae...

Luciano. (*Riéndose.*) Y sobre todo que se distrae mucho tiempo!

Serafin. Hé ahí el hecho, y yo se lo confio á ustedes... siempre reservadamente. Ahora oigan las consecuencias que pienso sacar de él: — Desde mañana me instalo en la casa, y esplotando los yerros del fragil esposo, consuelo á su cara y afligida mitad... la hablo primero de compasion, luego de amistad, mas tarde... de mi ternura... y á los ocho dias ciñe mi frente el lauro de la victoria...

Luciano. Es usted un hombre peligroso! Es menester estar en guardia siempre con tan temible enemigo!

Serafin. Aviso á los casados... amigo don Luciano, y sobre todo á usted, que tiene una muger preciosa, á la cual abandona por pasar las noches en el Casino, en los bailes...

Luciano. Oh! Mi muger... mi muger me adora!

Serafin. Ya lo creo; pero ella tiene una cabeza ardiente, apasionada, es una andaluza de Madrid, que no sufrirá pacíficamente las ofensas. (*Aparte.*) Y yo estoy en acecho para el caso de que pueda convenirla la venganza.

Marques. Mi querido Serafin, si yo me hallara en el lugar del marido, cuya historia acaba usted de contarnos, y tuviese noticia de sus graciosos proyectos, no

le quedaria á usted de vida mas tiempo que el necesario para irnos al Canal ó á la venta del Espíritu-Santo... con un buen carruaje, (y yo le ofreceria á usted el mio)... Todo sería cosa de veinticinco minutos!

Serafin. (*Turbado.*) Diantre! señor marques, qué genio gasta usted!

Marques. Tengo amantes, y las abandono friamente; mas no permito que me las quiten. El invierno último, por ejemplo, tropecé con un necio que se divertia en hacerme representar el papel de don Bartolo en el Barbero de Sevilla. Sabe usted lo que hice? Descubrí que habia conseguido una cita, y en el instante en que el bello Lindoro lo esperaba menos, voy allá, llamo á la puerta, abre el imbécil...

Serafin. Buena se armaria!

Marques. Nada de eso; no le dije mas que estas palabras: «Caballero, mi coche está á su disposicion.» — Media hora despues nos hallábamos á quince pasos el uno del otro... y le juro á usted que no le quedaron ganas de comenzar. (*Ofreciendo un cigarro á don Serafin.*) Fuma usted?

Serafin. Gracias... no... no fumo! (*Aparte.*) Si tuviera yo un lance con este demonio, daria parte á la policia!

Marques. Qué cara pone usted, don Serafin! Parece que mi frase sacramental le ha impuesto á usted un poquillo; y como usted es tan seductor, tan osado, se me figura que no he de tardar mucho en decirle tambien: «Caballero, mi coche está á su disposicion!» Acuérdese usted de que se lo pronostico!

Serafin. Qué buen humor tiene el marques! (*Haciendo por reirse, aparte.*) No quiera Dios que se realice!

Luciano. Con que, señores, cenaremos juntos?

Vizconde. Por supuesto.

Luciano. (*Al marques.*) Y usted, coronel, está libre?

Marques. Sin duda. — Esta noche fui á la calle de Jardines á saber si vendria aqui acompañado, pero teniamos ataque de nervios... Fui testigo de un acceso horroroso! Y por una tontería... por un jarron de flores, cuyo perfume nos incomodaba, y que la doncella queria poner al balcon. — Su señora corre á impedirlo, se lo arranca de las manos, y la da un bofe-

ton. De esto se originaron llanto y amenazas. —La una gritaba: «Váyase usted á la calle!» — La otra: «Yo me vengaré!» — Yo tomé mi sombrero y desaparecí.

Luciano. De modo que estará usted solo en el baile?

Serafin. Muy torpe habia de ser para no encontrar quien le consuele. Asi hará alguna nueva conquista, y será mayor la diversion.

Marques. Y por qué no nos da usted el ejemplo, amiguito, usted que la echa de conquistador, usted que habla de tantas victorias... y al que se le ve siempre sin compañia? Se pasea usted solo, cena idem... Acaso es promesa?

Serafin. (*Con importancia.*) Yo desdeño esos amorcillos fáciles... esos triunfos en que no hay peligro!

Marques No se haga usted ilusiones, querido. Para conseguir algo, aun en los bailes de máscaras, es necesario poseer una de estas tres cualidades; ser rico, buen mozo, ú hombre de talento; y por las señas, señor mio...

Serafin. Cómo... cómo? No comprendo...

Luciano. Buen mozo...

Marques. Rico...

Luciano. Ú hombre de talento...

Serafin. (*Picado.*) Ah!

Marques. Comprende usted ahora?

Serafin. Perfectamente. Pues bien, señores burlones, propongo una apuesta.

Marques. Y cuál?

Serafin. Apostemos á que antes de dos horas he hecho una conquista.

Todos. (*Riéndose.*) Ah! ah! ah!

Luciano. Qué seguridad!

Marques. Vaya, acepto la apuesta de don Serafin, y añado veinticinco doblones.

Serafin. Veinticinco doblones! Es que... es que... yo no los tengo! Mas si estos señores quieren poner por mí...

Luciano y *Vizconde.* Mil gracias!

Serafin. No importa, yo sostengo lo dicho. A la hora de cenar volveré con una máscara cualquiera...

Marques. Perdone usted... Hay máscaras de todas edades, y sería menester...

Serafin. Es claro que las viejas quedan escluidas. Yo no admito semejante juego!

Marques. (*A Bautista, que sale con otro mozo.*) Mozo, necesitamos un gabinete reservado para las tres, y manda que pongan en nieve Champagne.

Serafin. Mucho Champagne! Estoy seguro de no pagar la cuenta! (*Aparte.*) Desdicha será si en todo el baile no encuentro una desesperada...

Marques. Vamos, señores, vamos á dar una vuelta por el salon, á ver si nos embroma alguien.

Todos. Vamos, vamos! (*Vanse todos; el marques y don Serafin detras hablando. — En aquel momento sale don Mauricio, y al verlos vuelve vivamente la cabeza, coge un periódico, y hace que lee, ocultando el rostro con el papel. — Este juego escénico ha de ser muy vivo.*)

ESCENA II.

DON MAURICIO. BAUTISTA.

Mauricio. Maldito Serafin! En todas partes me le he de encontrar! Creo que el marques estaba con él... y me parece haber reconocido asimismo á don Luciano, mi compañero el agente de Bolsa. En fin, no ha sido mas que miedo, y ya se han largado. Vive Dios que estoy de suerte esta noche para encontrar personas conocidas!... — Mozo!

Bautista. Señor!... (*Desde lejos.*)

Mauricio. (*Para sí mismo.*) En el salon, en el ambigú, en todas partes importunos é imprudentes. — A Dios, Mauricio. Eres tú? — Y tu muger? — Mi muger! Afuera está! De dominó! — Parece que porque uno es casado, no tiene derecho para... Mozo!

Bautista (*Acercándose.*) Señor!

Mauricio. (*Para sí mismo.*) Para no ser visto, yo no hacia mas que volver la cabeza á derecha é izquierda... Luego me estuve diez minutos con la cara apoyada contra una columna para que no me conocieran. (*Encolerizado.*) Mozo!

Bautista. Si estoy aqui!

Mauricio. Necesito á toda costa que me prepare usted una pieza reservada, y dos cubiertos.

Bautista. (*Aparte.*) Es particular! Todos quieren lo mismo esta noche! (*Alto.*) Es que no hay!

Mauricio. Habrá buena propina...

Bautista. Entonces... es diferente... La tendrá usted!

Mauricio. Bueno! (*Mas bajo.*) Y no habria algun gabinete que no tuviese la entrada por aqui, sino por algun pasillo escusado?

Bautista. No señor, no...

Mauricio. A que sí? (*Metiéndole un duro en la mano.*)

Bautista. Es verdad... (*Guardando el duro.*) Ahora me acuerdo... (*Yendo á abrir la puerta de la derecha.*) Esto es lo que usted desea.

Mauricio. Perfectamente. — Óigame usted: á las tres, entraré yo por este lado, y una señora llegará por el otro...

Bautista. Por el pasillo... entiendo!

Mauricio. Tendrá usted cuidado de abrir por allá...

Bautista. Misteriosamente!... Eso ya se sabe! (*Aparte.*) Debe ser un hombre casado!

Mauricio. Entre tanto súbame usted la lista, para ir escogiendo la cena.

Bautista. Voy corriendo por ella! (*Aparte.*) Qué cosa tan agradable debe ser engañar uno á su esposa! Cuando haga mis ahorritos, me he de casar solamente por tener ese gusto! (*Vase.*)

ESCENA III.

DON MAURICIO.

No sé lo que la suerte me reserva esta noche; pero he comenzado por hacer dos horas de centinela en un balcon de la calle de Jardines; mientras que el señor marques de Bello-Campo se tumbaba cómodamente sobre el sofá, cerca de la chimenea, y con el cigarro en la boca, yo disfrutaba de la niebla mas húmeda, mas espesa de todo el invierno... Y hubiera podido estar calentito en mi casa, en un buen sillon! (*Frotándose un hombro.*) Asi cogemos dolores reumáticos, para decir luego: «Fue en la guerra, fue en la caza!» — Pues y cuando la maldita criada quiso abrir el susodicho balcon donde yo tiritaba? Caramba! Si me hubie-

se visto alli el señor marques! — Justo es que ahora quiera desquitarme... divertirme... Sin embargo, á pesar mio estoy triste! Me ocurren unas ideas! Qué diré á mi muger cuando vuelva á casa? Qué pretesto plausible inventaré? — Si hubiera esta noche un pronunciamiento... un incendio... un temblor de tierra! Pero no, no tendré tanta fortuna!

ESCENA IV.

DICHO *y* BAUTISTA.

Bautista. Aqui tiene usted la lista.

Mauricio. Bien.

Bautista. Si gusta usted pasar á ese gabinete, ahí encontrará todo lo necesario para escribir. (*Entrase por la derecha, dejando abierta la puerta.*)

Mauricio. Por otra parte, que vuelva un poco antes ó un poco despues, las reconvenciones y las quejas serán las mismas. Asi, no pensemos en esto; y como el chiquillo que espera ser castigado en la escuela toma el camino mas largo para ir allá, divirtámonos ahora en grande, y siquiera eso habré sacado en limpio.—Vamos á reconocer el terreno, y á escoger los platos para la cena. (*Entrase por la derecha. Al mismo tiempo una muger con dominó negro sale por el fondo enmascarada, y haciendo seña á alguno de que la siga.*)

ESCENA V.

AMALIA. DON BERNARDO, *con anteojos verdes, y el cuello de su paletot levantado, para que le cubra algo el rostro.*

Amalia. (*Quitándose la careta.*) Venga usted, doctor, venga usted: le he visto entrar ahí!

Bernardo. (*Quitándose los anteojos.*) Está usted segura esta vez?

Amalia. Segurísima. Él fue el mismo á quien vimos á la entrada, en el momento en que desesperando de encontrarle, le supliqué á usted que me volviese á conducir á casa.

Bernardo. De lo cual, entre paréntesis, yo me alegraba infinito.

Amalia. Tambien estoy cierta de haberle visto encaminarse hácia este salon.

Bernardo. Y ahora está usted satisfecha? Nos marchamos?

Amalia. No, aun no, doctor, aun no!

Bernardo. Señora, por el amor de Dios! Es ya muy tarde, y...

Amalia. Ya sé que está aqui Mauricio; pero se halla solo! Espera á alguien? De eso es de lo que necesito cerciorarme! Va en ello el reposo de toda mi vida!

Bernardo. Pero es que usted me compromete... usted turba el mio, señora. (*Sacando su reló.*) Son las dos, y desde la una menos cuarto que tengo el gusto de ayudarla á usted á correr detras de su marido, descuido, falto á mis deberes de esposo y de médico.

Amalia. Ah! Siente usted el favor que me ha hecho?

Bernardo. No, sin duda... mas...

Amalia. Y á quién podia dirigirme mejor que á usted?

Bernardo. Mucho me lisonjea esa confianza, aunque...

Amalia. Cuando vi que eran mas de las doce, y que Mauricio no volvia, corrieron mis lágrimas, por tanto tiempo contenidas; luego la indignacion sucedió al pesar; me acordé de algunas palabras que se le escaparon á mi marido mientras dormitaba...

Bernardo. Cómo! Es somniloco?

Amalia. Y al momento tomé mi partido. Púseme este dominó... Mas ir sola al baile era imposible... En aquel trance oi cerrar una puerta... y usted bajaba...

Bernardo. Despues de dar el beso de despedida á Adela; mientras la pobrecita se ponia su gorra para acostarse, y yo creia irme muy tranquilamente á mi hospital...

Amalia. Entonces fue cuando me ocurrió la idea de acudir á su amistad, á su bondad de usted. Asi tomé su brazo...

Bernardo. Por asalto; y á pesar de mi resistencia enérgica me ha arrastrado usted, y yo he caido en el lazo.

Amalia. Si supiese usted lo que son los celos!

Bernardo. Son una afeccion aguda de las mas graves; ya lo sé; pero la ciencia no puede nada, señora, y yo. .

Amalia. (*Escuchando.*) Silencio! no está solo!

Bernardo. (*Aparte, apurado.*) No saldremos de aqui en toda la noche! (*Dirígese hácia el gabinete de la derecha.*)

Amalia. Hablan con él!

Bernardo. (*Que se ha acercado para escuchar.*) Es voz de hombre!

Amalia. De veras?

Bernardo. Sí, sí; á legua se conoce que no hay ahí ninguna laringe femenina.—Le está pidiendo al mozo una cena de veinticinco cubiertos... (*Aparte.*) Si al menos fuese alguno para mí! (*Alto, y acercándose á Amalia.*) Asi, espero que esto destruirá las sospechas de usted, pues juzgo que no tendrá celos de ningun zamacuco.

Amalia. Estas emociones son tan vivas!

Bernardo. Vamos, señora, sea usted razonable; marchémonos. Ahora la cosa está clara: Mauricio ha querido venir al baile, cenar con sus amigos, á quienes espera...—Lo cual no deja de ser muy reprensible, porque un marido no tiene derecho para divertirse sin su muger, concedido.—Mas ya que el caso no es grave, partamos. Qué dice usted?

Amalia. Un momento, solo un momento, doctor; yo deseo ver llegar á los amigos de Mauricio.

Bernardo. (*Aparte.*) Jesucristo! Ahora se le antoja ver á sus amigos! (*Mirando su reló.*) Las dos y cuarto. (*Alto.*) Si su esposo de usted averigua que le hemos seguido, espiado... que yo he andado en la broma...

Amalia. Nunca lo sabrá... no quiero que lo sepa, y gracias á mi máscara...

Bernardo. Pero yo, señora, que no tengo careta...

Amalia. Con los anteojos verdes, y levantándose el cuello de su paletot, está usted desconocido.

Bernardo. Qué muger!!!—Señora, decididamente, yo me voy á marchar, á dejarla á usted sola... Tengo mis enfermos... lo cual es sagrado... y si alguno se muriese sin que yo estuviera á su lado, me reconvendria luego. Por otra parte, mi esposa... si llegara á su noticia que yo he puesto los pies en una caverna.., como esta... aunque fuese solo por hacerla á usted un favor... se moriria de pena.

Amalia. Alguien viene... cállese usted! (*Se vuelve á poner la careta, y don Bernardo se cala de nuevo los anteojos y se sube el cuello; en seguida se dirige hácia Amalia como para hablar con ella.*)

ESCENA VI.

DICHOS. MAURICIO. BAUTISTA.

Mauricio. (*A Bautista que le sigue.*) Con que ya sabe usted... á las tres sin falta.—Oh! Gente aqui! (*Se sube tambien como don Bernardo el cuello del paletot, á fin de que le cubra el rostro.*)

Bautista. (*Bajo á Mauricio.*) Si señor; á las tres cuidaré de abrir la puerta del pasillo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

AMALIA. DON MAURICIO. DON BERNARDO.

Mauricio. (*Aparte.*) En todas partes se me figura ver conocidos! (*Se dirige al fondo, volviendo la espalda á los otros hasta la mitad del salon; allí se detiene y mira con precaucion hácia ellos.*) Parece que ese señor no quiere tampoco que le vean. Otro que hace el tonto... como yo!

Bernardo. (*A Amalia atravesando la escena con ella.*) Se va!

Amalia. (*Lo mismo.*) Pues le seguiremos.

Bernardo. (*Levantando la voz.*) Otra! Señora, por las ánimas benditas...

Amalia. Hable usted mas bajo!

Mauricio. (*Deteniéndose.*) Esta voz no me es desconocida! (*Mira de reojo á don Bernardo, quien por su lado le mira tambien; sus ojos se encuentran; el doctor entonces vuelve vivamente la cabeza, y se levanta mas el cuello.*)

Bernardo. (*Bajo.*) Nos observa!

Mauricio. (*Aparte, acercándose.*) Hola! hola! Es muy estraño!... Esa facha... ese paletot... sí... sí... él es! (*Llamando.*) Bernardo!

Bernardo. (*Volviéndose involuntariamente.*) Qué? Ay!!

Mauricio. Ah! bribon! te atrapé!

Bernardo. (*Aparte.*) Tiró el diablo de la manta!...

Amalia. (*Aparte.*) Yo tiemblo!

Mauricio. Ah! ah! El hombre de bien!... Es ese el modo que tienes de ir al hospital?

Bernardo. Mauricio, te aseguro que...

Mauricio. Cállate, hipócrita, cállate. (*Riéndose á carcajadas.*) Y yo que me dejaba alucinar por sus mogigangas de virtud! Ah! ah! ah!

Bernardo. Pero... sin embargo...

Amalia. (*Bajo á don Bernardo, tomándole una mano.*) En nombre de lo que le sea mas querido, no hable usted una palabra! Quiero saberlo todo!

Mauricio. Desventurado! Eres un hombre perdido si tu muger...

Bernardo. Mi muger! (*Amalia le contiene.*)

Mauricio. Dios mio! Qué he dicho yo? Querido, perdóname... y tú tambien, mascarita... Se me escapó sin saber cómo! Mas ya escusará mi torpeza la linda tapada cuando sepa que yo, como mi pobre amigo, tengo tambien una... una esposa!

Bernardo. (*Aparte.*) Qué demonios irá á decir?

Mauricio. (*Con afliccion.*) Ay! Sí, amiga mia: los dos estamos casados... compadécenos!

Bernardo. Mauricio! (*Amalia le contiene.*)

Mauricio. (*A don Bernardo.*) Tranquilízate; voy á reparar mi yerro. (*Alto.*) Ah! Si tú supieses hasta qué punto es triste y monótona la vida conyugal!

Bernardo. (*Aparte.*) Bien! Ya se va enmendando!

Mauricio. Asi, es preciso no tener celos de los cortos instantes que consagramos á ella.

Bernardo. (*Aparte.*) Asi... asi! Remacha el clavo, imbécil!

Mauricio. Mas en cuanto podemos escaparnos, no somos conocidos! Sentimos una alegría, una satisfaccion... en fin, hacemos las mayores locuras!

Bernardo. (*Aparte.*) Dale, dale, dale!

Mauricio. Mi amigo, por ejemplo, un doctor, un hombre formal, es un Caton en su casa... Pues fuera comete las estravagancias mas divertidas!... Ah! ah!

Bernardo. Cómo, cómo?...

Mauricio. Come que devora, trinca á las mil maravillas,

sin acordarse para nada de la higiene; y lo que es mas, baila el wals y la polka.

Bernardo. (*Alto.*) Mentira, mentira!

Mauricio. (*Bajo á él.*) Cállate, demonio; no conoces que te estoy rehabilitando?—En fin, es lo que se llama un calavera en toda la estension de la palabra, y no se acuerda entónces del himeneo, ni de la facultad!

Bernardo. Eso es ya demasiado; y mi decoro... (*Amalia contiene á don Bernardo, que manifiesta la mayor impaciencia.*)

Mauricio. Pero conozco que mi presencia aqui es importuna, y no quiero interrumpir por mas tiempo tan dulce y tan sabrosa plática.—Luego, yo tambien tengo una cita parecida... á las tres.

Amalia. (*Aparte.*) Cielos!

Bernardo. (*Aparte.*) Va á contarlo todo el maldito!

Mauricio. Si fuese posible reunirnos, sería delicioso... Una cena entre cuatro!

Amalia. (*Apoyándose en en el brazo de don Bernardo.*) Ah!

Bernardo. (*A Mauricio, mirando á Amalia.*) Silencio... silencio... es muy mal hecho descubrir de ese modo... Si supieras delante de quién hablas! (*Amalia le contiene.*)

Mauricio. Bueno... no insisto mas... sabré respetar el incógnito de esa señora...

Amalia. (*Aparte.*) Va á buscar á la que espera!

Mauricio. (*Saludando con afectacion.*) A Dios, máscara!

Amalia. (*Aparte.*) Quiero sorprenderlos, confundirlos!

Mauricio. (*Saludando á don Bernardo.*) A Dios, caballero. (*Riéndose.*) A Dios, mala cabeza. (*Yéndose.*) Vaya un encuentro!! (*Riéndose mas fuerte.*) Ah! ah! ah! Es inaudito! Ah! ah! ah! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

AMALIA. DON BERNARDO. *Luego* BAUTISTA.

Amalia. Venga usted, doctor, venga usted! (*Da un paso; luego se detiene, y se apoya en una silla.*) Ah! No puedo! Me faltan las fuerzas!

Bernardo. (*Acercándose á ella.*) Cómo!

Amalia. (*Quitándose la careta.*) Aire... aire... ó creo que me voy á desmayar!

Bernardo. (*Haciéndola sentarse.*) No nos faltaba mas que eso! Pero pueden venir... reconocerla... y á mí tambien.., Mozo! (*Llamando.*)

Bautista. (*Saliendo.*) Qué manda usted?

Bernardo. Pronto, una pieza reservada. (*A Amalia, dándole un pomito que saca de su estuche de médico.*) Aqui tiene usted amoniaco!

Bautista. Se ha puesto mala esta señora?

Bernardo. Sí, sí... despáchese usted!... (*Bautista abre la puerta del gabinete de la izquierda.*) Vamos, señora, un poco de valor!

Amalia. (*Levantándose.*) Amigo mio, esto se pasará pronto! No es nada!

Bautista. Entren ustedes ahí.

Amalia. (*Apoyándose en don Bernardo.*) Ah! Doctor! Por qué habré yo venido?

Bernardo. Ah! Sí! Por qué habremos venido? (*Mirando su reló.*) Las dos y media! (*Amalia entra en el gabinete.*)

Bautista. Hay que servir á usted algo?

Bernardo. Por supuesto... Al instante, agua de tila. (*Entrase en el gabinete.*)

ESCENA IX.

BAUTISTA. *Despues* ADELA.

Bautista. Tila! Ah! ah! Cómo se reirán los compañeros cuando me oigan pedirla en la cocina! Buenas proporciones tenemos! (*Durante estas palabras de Bautista, Adela, con dominó azul y careta, ha salido por la puerta del fondo, mirando á todas partes.*) Hola! Una mascarita! (*Alto.*) Busca usted á sus compañeros?

Adela. Sí, á tres señoras...

Bautista. Tres señoras! Pues espere usted...

Adela. (*Vivamente.*) Las ha visto usted por casualidad?

Bautista. Sí, he visto tres beatas con ocho caballeros.

Adela. (*Asustada.*) No, no es eso; tres señoras solas!

Bautista. Solas! Qué rareza! No habrá muchas!

Adela. (*Aparte.*) Dios mio! Qué haré?

Bautista. Aun es muy temprano...
Adela. Y puedo esperar, no es cierto?
Bautista. (*Ofreciéndola una silla.*) Gusta usted tomar algo?
Adela. (*Aparte.*) Ah! Se conoce que aqui es de obligacion!
Bautista. Alguna cosa que la refresque. Quiere usted un ponchecito bien cargado?
Adela. No, no... ponche!... Un vaso de agua con azúcar!
Bautista. Un vaso de agua! Tila! Escelentes parroquianos! (*Aparte.*)
Una voz dentro. Mozo! Seis botellas de Champagne!
Bautista. Eso es hablar al alma! Voy, voy! (*Vase por el fondo.*)

ESCENA X.

ADELA *sola, quitándose la careta, y levantándose.*

Es mucho doña Angela! Dejarme sola en el baile, abandonarme en medio de la multitud! Es una pasada de que me acordaré toda mi vida! Y qué habrá sido de ellas? Convinimos en cenar reunidas, y yo creí encontrarlas en el ambigú; pero nada, no las he hallado, y me muero de inquietud! Gracias á doña Angela, nadie me vió salir de casa, y nadie tampoco me hubiera visto volver. Mas entrar sola seria descubrir el secreto á los porteros, y mañana acaso tendria noticia de todo mi marido, mi pobre marido, que estará en el hospital, cuidando de sus enfermos, y que me juzga durmiendo muy tranquilamente á estas horas. (*Viendo abrir la puerta del gabinete de la izquierda.*) Cielos! Alguien viene! (*Se vuelve rápidamente, poniéndose á toda prisa la careta.*)

ESCENA XI.

ADELA. DON BERNARDO.

Bernardo. (*Saliendo del gabinete, y hablando con Amalia, á quien no se ve.*) Espéreme usted; voy á buscar un coche.
Adela. (*Viéndole.*) Dios mio!

Bernardo. (*Siempre á Amalia.*) No he entendido... cómo decia usted? (*Vuelve á entrar en el gabinete.*)

Adela. (*Sola.*) Es él! Es él! Es Bernardo! Oh! No, no sueño! Estoy muy despierta! (*Echándose á reir.*) Ah! ah! ah! El señor mio se solazaba, mientras yo por mi lado queria hacer otro tanto! Es singular cómo simpatizábamos! — Habrá venido á cenar con sus colegas! — Gracias á Dios que se lanza! Ahora ya no tengo por qué ocultarme; voy á revelárselo todo, y nos volveremos juntos, no á casa, sino á ese baile donde he tenido tanto miedo, y que no obstante me pareció tan alegre, tan divertido! (*Dirígese hácia el gabinete; mas se detiene viendo que la puerta se abre.*) Ahí está... Embromémosle primero! (*Poniéndose la careta.*)

Bernardo. (*Para sí mismo.*) Entiende la razon, y consiente en marcharse. (*Se dirige hácia el fondo, pero le detiene Adela cogiéndole del brazo.*) Perdona, mascarita; te has equivocado.

Adela. (*Disfrazando la voz.*) Oh! No!

Bernardo. (*Queriendo retirar su brazo.*) Cómo no? Me conoces?

Adela. Sí.

Bernardo. (*Aparte.*) Será alguna enferma. (*Alto.*) No creo que necesites de mis cuidados en este momento.

Adela. Sí!

Bernardo. Estás indispuesta? Entonces vuélvete á tu casa, acuéstate, y mándame llamar. Pero aqui no admito consultas, y te ruego que me sueltes el brazo. (*Le suelta.*) Si nos viesen juntos, qué se diria de mi, de un hombre casado? (*Yéndose.*)

Adela. (*Aparte, siguiéndole.*) Pobre Bernardo! Yo ocupo siempre su pensamiento!

Bernardo. Hasta la vista, máscara.

Adela. (*Deteniéndole por un brazo.*) No, perdona...

Bernardo. (*Aparte.*) Otra tenemos! Será alguna trapisondista! (*Alto.*) Amiga, estoy de prisa. Qué quieres de mí?

Adela. Que me hagas un favor.

Bernardo. (*Aparte, volviéndose atrás.*) Esta tambien! (*Alto.*) Acaso... por ventura... tendrás tu marido en el baile?

Adela. Sí!
Bernardo. Entonces, apuesto á que te la pega.
Adela. Cómo?...
Bernardo. Y vas corriendo detras de él?
Adela. Justo!
Bernardo. Y cuentas conmigo para que te acompañe en esa peregrinacion?
Adela. Eso es!
Bernardo. (*Aparte.*) Lo mejor es reirme de esto! (*A Adela.*) Suéltame, angel mio... Ya he perdido bastante tiempo esta noche, y voy ahora en busca de un carruaje. — Suéltame si gustas... Lo siento en el alma; pero no me es posible complacerte. — Suéltame con mil diantres, que ya me enfado. (*Se aleja hácia la derecha.*)
Adela. (*Ahogando su risa.*) Amigo mio, por Dios!
Bernardo. (*Aparte.*) Es una intrigante... quitemósla toda esperanza! (*Alto y dirigiéndose á Adela.*) Ya que es menester decírtelo, no he venido solo aqui...
Adela. (*Alegremente.*) Ah!
Bernardo. Tengo una intriguilla...
Adela. (*Turbada.*) Cómo!
Bernardo. Con una muchacha preciosa!
Adela. (*Aparte.*) Una muger!
Bernardo. Por otra parte, te advierto que es mas celosa que una pantera!
Adela. (*Aparte.*) Dios mio!
Bernardo. Y yo estoy enamoradísimo. — Asi, voy á buscar un coche para llevarla á su casa... — Repito que siento en el alma...
Adela. (*Aparte, apoyándose en una silla.*) Ah! Yo me muero!
Bernardo. (*Aparte.*) Qué tal, eh? Qué pronto me soltó! La medicina hizo su efecto! Si sabré yo cómo me he de manejar con gentes de su calaña! (*Vase.*)

ESCENA XII.

ADELA. *Despues* AMALIA.

Adela. (*Desenmascarándose, y dejándose caer sobre una*

silla á la derecha.) Una muger! Ay! No sé lo que me pasa! (*Con energía.*) Pero no; tendré carácter. (*Yendo á abrir violentamente la puerta del gabinete de la izquierda.*) Salga usted, señora, salga usted! Nada ignoro! Salga usted! (*Reconociendo á Amalia, que sale.*) Cielos!

Amalia. Adela!

Adela. (*Suspicaz.*) Sola con mi marido!

Amalia. Tranquilízate; pobre hombre! Yo fuí quien le arrastré aqui á la fuerza, para buscar, para sorprender á Mauricio, que me engaña, que me vende!

Adela. (*Respirando.*) Mauricio! Ay, Amalia, cuánto me alegro!

Amalia. Cómo?

Adela. Perdóname, no creas que es de tu desgracia; mas pensé que era yo á quien Bernardo engañaba, y fue para mí un golpe!...

Amalia. Pues no te quejabas antes de la constancia de tu marido? No le deseabas hasta que tuviese alguna distraccion?

Adela. Sí... Se dice eso cuando está una cierta de su fidelidad, y luego, la menor sospecha... Mira, poco há, no sé cómo no me he caido redonda! (*Con interes, y tomando la mano de Amalia.*) Vamos, cuéntame pronto... Qué has sabido? Qué has descubierto?

Amalia. Mauricio está en el baile con una muger á quien va á traer á cenar ahí.

Adela. Qué horror! — Espero que armarás un escándalo!... Nosotras tenemos derechos, que es indispensable sostener! En adelante quiero que mi marido no se separe de mi lado ni un momento; que no dé un paso sin mí.

Amalia. Y tú, no tienes nada de que acusarte?

Adela. Ay! Querida, doña Angela fue la que me indujo, la que me arrastró!...

Amalia. No lo dudo.

Adela. Subió á mi casa despues que salió Bernardo, y me dijo: «Venga usted... no sabrá nada su esposo... nos divertiremos mucho!...» Caí en la tentacion, y vine con ella, la muger de don Luciano el agente de Bolsa, y otra señora que no conozco.

Amalia. La muger de don Luciano aqui!

Adela. Sí; ya se ve, como el pícaro de su marido la tiene abandonada, ella se desquita, se venga, divirtiéndose, pero en grande. — En fin, éramos cuatro... número imponente... una patrulla completa... menos el cabo! — Y no te puedes figurar el efecto que hicimos al entrar con nuestros dominós azules igualitos! — Habiamos acordado que no nos separariamos en toda la noche...

Amalia. Y entonces, cómo es que?...

Adela. Aguarda: apenas llegamos al baile, vemos que se nos acerca...

Amalia. Quién?

Adela. Un caballero con frac negro, pantalon negro, chaleco negro... — Ofrece su brazo á doña Angela, y esta lo acepta, diciéndonos: «Pronto vuelvo... voy á bailar!»

Amalia. Pero os quedásteis todavía tres.

Adela. Permíteme... — Continuamos paseándonos, cuando al otro estremo del salon, encontramos...

Amalia. A quién?

Adela. Frac negro, pantalon negro, chaleco idem...

Amalia. Otro caballero?

Adela. No... dos caballeros. — Fueron un rato junto á nosotras, cuando de repente la muger de don Luciano esclama: «Voy á tomar un sorbete.» Y se aleja...

Amalia. De veras?

Adela. Un poco sorprendida de aquella brusca desaparicion, vuelvo la cabeza... y concibe mi terror al ver que la tercera se habia eclipsado tambien!

Amalia. Dios mio!

Adela. No pude encontrarlas por mas que hice; de modo que el cuarteto quedó reducido á mí únicamente. Si será esto á lo que llaman no separarse en toda la noche! — A la verdad, ellas no habian espresado de quién!

Amalia. Pobre Adela! Sola...

Adela. En medio de tantos hombrones! Y los hay tan atrevidos! Hasta don Serafin, tu primo, que estaba empeñado en que cenase con él!

Amalia. Y te conoció?

Adela. No, por fortuna! Es tan hablador, tan malo! En

fin, me refugié aqui, dónde esperaba encontrar á mis compañeras, y á ti es á quien he tenido la suerte de hallar, mi querida Amalia.—Ahora vas á darme un consejo, porque si Bernardo supiese la verdad, era yo perdida!

Amalia. Yo te puedo salvar!

Adela. Cómo?

Amalia. Estás decidida á marcharte?

Adela. Sí, sí!

Amalia. Pues yo me quiero quedar.

Adela. Tú?

Amalia. Tu marido va á volver con un carruaje; cambiemos de dominó, tú no te quitas la careta; te callas; lloras ó haces que lloras, y él te conduce hasta la puerta de nuestra casa. Desde alli don Bernardo se marcha á su hospital...

Adela. Y el pobrecito no sospechará nada! Perfectamente!

ESCENA XIII.

DICHAS. DON SERAFIN.

(*Don Serafin sale de puntillas, y mira á las dos mugeres que estan de espaldas.*)

Serafin. Mi dominó azul!

Amalia y *Adela.* Un hombre! Ah! (*Dan un grito agudo y corren al gabinete de la izquierda, en el que entran cerrando la puerta.*)

Serafin. (*Corriendo detras de ellas.*) Ahora no te me escaparás! (*Le dan con la puerta en las narices.*) Oh!

ESCENA XIV.

DICHO. DON MAURICIO, *que al estrépito abre la puerta del gabinete de la derecha, y luego* DON BERNARDO, *que sale por el fondo.*

Mauricio. Qué ruido es este? Ah!!! (*Cierra vivamente.*)

Serafin. (*Que le ha conocido.*) Mauricio!

Bernardo. (*Saliendo por el fondo, y dirigiéndose hácia*

la izquierda.) Ya está el coche abajo, y puede salir si gusta...

Serafin. (*Viéndole.*) Don Bernardo!!

Bernardo. (*Subiéndose el cuello del paletot, y echando á correr por donde venia.*) No soy yo! No soy yo! (*Desaparece.*)

Serafin. Santo Dios! Cuánto gatuperio! Cuánta intriga! (*Da vueltas por la escena; luego se deja caer en una silla, riéndose á carcajadas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DON SERAFIN, *solo, levantándose de la silla donde quedó sentado antes.*

Pues señor, media hora hace que estoy esperando inútilmente, y solo faltan algunos minutos para las tres. Sino me doy prisa, voy á perder la apuesta... Es decir, perderla... la perderia si tuviese dinero con que pagarla... pero como no lo tengo... De todos modos, el marques no me costeará sino la cena, y ese era mi cálculo... Voy á echarme por ahí en busca de cualquiera, de la que antes encuentre! Y ahora que recuerdo... poco há, la criada de mi patrona que me vino á embromar vestida de pasiega, diciéndome con un acento gallego que daba gozo: «Le cunozco á usted, señurito... soy la Saturnina...» A falta de otra cosa... La tal Maritornes es una mozallona robusta y frescota que no hay mas que pedir... Solo las viejas quedaron escluidas de nuestro trato! Magnífico! Ella me servirá... ella me sacará del apuro... Pero callá, no es don Bernardo el que vuelve aquí otra vez?... Si yo pudiese averiguar lo que espera este viejo taumaturgo? Si me ve no entrará... Dónde me esconderé? Ah! Aquí! (*Se entra en la otra puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

DON BERNARDO. *Luego* ADELA.

Bernardo. (*Con el cuello del paletot subido, y los anteojos calados, se adelanta con precaucion mirando á todas partes.*) Ya no hay nadie! Maldito don Serafin, y qué susto me dió! Si al fin y al cabo me conoceria?—Pero apresurémonos á salir de aqui, donde en mal hora entré! Oh! Adela mia! Cara pago esta involuntaria infidelidad! (*Se acerca á la puerta de la izquierda, y da un golpecito suave; aquella se abre, y sale Adela con el dominó negro de Amalia, y la careta puesta.*)

Serafin. (*Mirando desde su puerta.*) Hola! hola! Qué tal el viejo camastron? Mañana se lo contaré á su muger! (*Se esconde de nuevo, viendo adelantarse á don Bernardo, que lleva del brazo á Adela.*)

Bernardo. Se siente usted mejor? (*Adela hace que sí con la cabeza.*) Me alegro.—Podemos marcharnos ya? (*Adela repite su movimiento afirmativo.*) Cómo tiembla usted, señora! (*Aparte, mirándola.*) Es particular! Ahora me parece mas delgada! Sin duda como hay personas á quienes una gran pena les hace encanecer en un instante, á otras un disgusto las pone en esqueleto! Este es un fenómeno médico, que me alegro de haber observado, y del que hablaré en mi primera obra! No hay duda, ha adelgazado!—(*Alto á Adela.*) Quiere usted tomar algo? (*Adela dice que no.*) Se ha vuelto usted muda? (*Ella dice que sí.*) Otro fenómeno! Una muger que no habla, lo es, y no pequeño... (*A Adela.*) Eso será de los nervios. (*Ella espresa que sí.*) Pues vámonos, si usted gusta; en su casa la darán algun remedio... El coche nos espera abajo. (*Vanse por el fondo: don Serafin sale entonces de su escondite, y se dirige hácia donde está Amalia; mas antes de que llegue, se le ponen delante el marques, don Luciano y el vizconde.*)

ESCENA III.

DON SERAFIN. EL MARQUES. EL VIZCONDE. DON LUCIANO.

Serafin. Ahora es la mia! Alli queda la otra!

Marques. Adónde va usted, don Serafin? Yo vengo á decirle que dentro de diez minutos habrá perdido su apuesta.

Serafin. No; la habré ganado.

Luciano. Ta, ta, ta! Y le encontramos á usted solo!

Serafin. Paciencia, paciencia!

Luciano. Será posible que haya usted hecho una conquista?

Serafin. Una alhaja! Talle celeste, mano celeste, dominó azul...

Luciano. (*Riéndose.*) Celeste!

Marques. En efecto, le he visto á usted hablar en el salon con una muger de esas señas. Pero se me figura que se le ha escapado á usted!

Serafin. No; está ahi; en ese cuarto!

Luciano. De veras?

Serafin. Segun el giro que yo habia dado á la conversacion, estoy seguro de no tener que decir mas que una palabra.

Luciano. Si? Pues vamos á verlo, señor don Serafin.

Serafin. Señores, reclamo lo no intervencion!

Marques. Es muy justo! (*Se retiran los tres al fondo: despues don Serafin se encamina hácia el gabinete; mas se detiene.*)

Serafin. Miren ustedes! miren ustedes! Viene á buscarme! (*Señala con aire de triunfo la puerta, que se abre poco á poco; luego sale Amalia, con careta, y con el dominó azul de Adela.*)

ESCENA IV.

DICHOS. AMALIA.

Amalia. (*Creyéndose sola, y volviendo á cerrar la puerta del gabinete.*) He oido un rumor... Será acaso Mauricio?

Serafin. (*Aparte mirándola.*) Es estraño! Me parece mas

gruesa que antes!... Ah! Habrá cenado ahi dentro! Por otra parte, la satisfaccion de verse amada por mi...

Luciano. (*Aparte.*) Ese talle... ese dominó, se asemejan mucho á los de mi muger. Si será ella?

Amalia. (*Aparte.*) Es menester que me cerciore... (*Viendo á don Serafin.*) Cielos!

Serafin. Ah! Por fin te encuentro, duende, diablillo, silfide, ó lo que seas!...

Amalia. (*Aparte con espanto.*) Qué haré?

Serafin. Mucho me has hecho correr, hermosa; pero ahora no te dejo; eres mi conquista!

Luciano. (*Aparte.*) Es para perder el juicio!... El modo de andar... los movimientos... todo, todo es igual!

Marques. (*A don Luciano.*) Qué tiene usted?

Luciano. Nada... nada! (*Aparte.*) Si yo no estuviese seguro de que mi muger me adora!

Amalia. (*Aparte, mientras don Serafin hace algunas señas á sus amigos.*) Soy perdida si me reconoce, si sabe que estoy aqui sin mi marido!

Serafin. (*Interrumpiéndola.*) Con que, amiga mia, yo abordo la cuestion sin preámbulos: cenemos!

Amalia. (*Asustada.*) No, no!

Serafin. Ya conoces mis sentimientos... poco há en el salon... y tú estabas conmovida... Cenemos!

Amalia. (*Fingiendo siempre la voz y alejándose de él.*) Déjame, déjame!

Serafin. (*Deteniéndola mientras los otros se rien.*) Cuando digo que no te escaparás!

Marques (*A don Luciano.*) Perderá la apuesta!

Luciano. De fijo!

Amalia. (*Huyendo.*) Dios mio! Dios mio!

Serafin. (*Aparte.*) No, pues yo he de ganar la cena! (*Corriendo detras de ella.*)

Marques (*Adelantándose un poco.*) Eso es ya demasiado!

Luciano. Seguramente! (*Don Serafin alcanza á Amalia, y la toma por fuerza del brazo.*)

Amalia. (*Forcejeando.*) Déjame, déjame... yo te lo mando! (*Mauricio aparece por el fondo.*) Ah! (*Consigue soltarse de don Serafin, corre hácia su marido, y coge su brazo vivamente conmovida. — Mauricio la mira con sorpresa.*)

ESCENA V.

DICHOS. DON MAURICIO.

Mauricio. Qué es esto? Qué hay?

Serafin. (*Aparte.*) Mauricio! Bien sabia yo que no me habia equivocado antes!

Mauricio. (*Aparte, viéndole.*) Serafin! Otra vez él!

Serafin. (*Aparte.*) Era una cita! He cogido el hilo!

Mauricio. (*A Amalia, que sigue apoyada en su brazo.*) Pero, máscara...

Amalia. (*Bajo.*) Mauricio! Sálvame!

Mauricio. (*Aparte.*) Mi nombre! Es ella! Es Florentina!

Marques. (*Acercándose.*) Hola! Señor de Osorio!

Mauricio. (*Aparte turbado.*) El marques!

Marques. Hola, hola, señor agente de Bolsa!... Con que usted está aqui olvidando los negocios por los placeres, y teniendo encuentros inesperados?

Mauricio. (*Aparte.*) Cómo saldré de este apuro?

Serafin. (*Aparte al marques.*) Es el marido de los merengues!

Marques. Ah! (*Aparte.*) Entonces ya no me admira su confusion!

Serafin. (*Atravesando el teatro, y acercándose á los otros dos.*) Es el marido de los merengues! Mañana lo sabrá todo su muger!

Luciano. (*Aparte.*) Yo estaba loco! Semejante sospecha era absurda!

Marques. Señor de Osorio... creo que nuestra presencia le incomoda, le contraria á usted...

Mauricio. (*Turbado.*) No, no tal... qué disparate! (*Aparte.*) Si sospechase que es esta la de la calle de Jardines, su Florentina, habria una jarana, un escándalo!

Marques. (*Bajo á Mauricio.*) Los hombres casados no siempre se alegran de que los hallen... hem, hem... (*Se dirige hácia sus amigos.*)

Mauricio. (*Aparte.*) Ah! buena idea! (*Bajo á Amalia.*) Sangre fria, querida Florentina!

Amalia. (*Aparte.*) Florentina!

Mauricio. (*Haciéndola sentarse á la derecha.*) Esta mentira nos salvará á los dos! (*Alto.*) Pues bien, si señores, he venido á distraerme, á pasar la noche en el

baile... Creo que no tiene nada de particular que un marido traiga á las máscaras á su muger!

Todos. (*Sorprendidos.*) Su muger!

Amalia. (*Aparte.*) Qué dice?

Mauricio. Sí, ella misma, de quien me habia separado un instante, y á la que no esperaba encontrar aqui siendo objeto de persecuciones...

Marques. (*Vivamente.*) Que nosotros desaprobamos!

Serafin. (*Con ironía.*) Ciertamente; yo estaba tan lejos de pensar que mi prima... (*Bajo al marques.*) No es ella, se lo aseguro á usted.

Marques. (*Bajo.*) No? Vamos á verlo.

Mauricio. (*Bajo á Amalia.*) Sin duda nos dejarán ahora.

Marques. Señor de Osorio, una vez que la casualidad nos proporciona este feliz encuentro, aguardo que asi esa señora como usted, se dignen hacernos el honor de cenar con nosotros.

Serafin. (*Aparte con alegría.*) Bravísimo! Le atrapó!

Mauricio. (*Aparte.*) No me faltaba mas que esto! (*Alto.*) A la verdad, señor marques... agradezco mucho... tan amable invitacion... pero... no se lo oculto á usted... tengo otro plan...

Amalia (*Aparte.*) Sí... esa cita!...

Marques. (*A Amalia.*) Espero que esta señora será mas condescendiente...

Amalia. (*Aparte.*) Qué haré?

Marques. Con que, decida usted... (*A Amalia.*)

Amalia. (*Levantándose.*) Pues bien... aceptamos. (*Desfigurando la voz, aunque no como en las máscaras.*)

Mauricio. (*Estupefacto.*) Cómo!

Todos. (*Admirados.*) Acepta!

Amalia. (*Aparte.*) Asi impido que vea á la otra!

Mauricio. (*Bajo á Amalia.*) En qué está usted pensando, Florentina? Usted nos pierde!

Serafin. (*Bajo á los otros.*) Miren ustedes qué cara pone!

Luciano. (*Aparte.*) En efecto, es muy estraño! Será preciso que yo me cerciore...

Bautista. (*Saliendo por el fondo, y acercándose á Mauricio, le dice bajo:*) Caballero, aquella señora está ahí, aguardándole á usted...

Mauricio. (*Atónito.*) Eh?... Cómo? Aquella señora?

Bautista. (*Bajo.*) La que usted aguardaba... ha entrado

por el pasillo! (*Señala al gabinete de la derecha, y se marcha.*)

Mauricio. (*Mirando á Amalia con sorpresa.*) Entonces esta... quién será, Dios mio?

Serafin. (*Que lo ha oido todo, aparte.*) Otra? Hay dos rivales! Si yo me aprovechase...

Marques. Con que viene usted, Osorio?

Mauricio. (*Muy turbado.*) Si... si... en seguida... soy... soy con ustedes... solamente que quisiera... desearia decir dos palabras en particular á esta... á mi esposa.

Marques. (*A Mauricio.*) Le esperaremos á usted, pero no tarde mucho. (*A los otros.*) Si, dejémoslos, por qué los hemos de incomodar?

Luciano. Es cierto. (*Aparte.*) Por mas que hago, no puedo destruir mis sospechas!

Serafin. (*Aparte yéndose.*) Ah primito, primito! Si yo pudiera quitarle una de las dos! Todavia habia de agradecérmelo, porque le sacaba de un apuro. (*El marques, don Luciano y el vizconde saludan á Mauricio, y entran en un gabinete de la izquierda. Don Serafin en vez de seguirlos, se desvia poco á poco hácia el de la derecha, en el cual se introduce.*)

Mauricio. Gracias á Dios que se marchan! (*Aparte.*)

Serafin. He ganado mi cena! (*Cierra la puerta vivamente.*)

ESCENA VI.

DON MAURICIO. AMALIA.

Mauricio. (*Despues de haberse cerciorado de que está solo, y en tono de enfado.*) Señora... es atroz, es abominable lo que usted acaba de hacer!

Amalia. (*Disfrazando la voz.*) Qué quieres decir?

Mauricio. Se apodera usted de mi brazo, y acepta un convite... poniéndome en la situacion mas comprometida del mundo, justamente cuando yo solo trataba de protejerla á usted! Con qué objeto, con qué fin ha sido todo esto? Y ahora que nos hallamos solos, por qué disfraza usted todavia la voz?

Amalia. Para que no me conozcas.

Mauricio. Y yo sin embargo, deseo saber quién es usted... porque...

Amalia. Quién yo soy? Pues bien, voy á decirtelo, una vez que lo exiges. Soy la esposa de uno de tus compañeros.

Mauricio. De un agente de Bolsa?

Amalia. Que está aqui en este mismo momento.

Mauricio. (*Aparte.*) Es don Luciano!

Amalia. Ese marido, á quien yo amaba, me engaña, me vende!

Mauricio. (*Aparte.*) Ya me lo habia sospechado yo!

Amalia. Por una muger que acaso tambien le engaña á él; por ella se ha alterado la paz doméstica; por ella soy muy infeliz!

Mauricio. (*Con efusion.*) Confieso que eso es infame! Yo nunca seré capaz de semejante indignidad!

Amalia. Y ya que es menester decirlo todo, esa muger es menos jóven, menos bella que yo!

Mauricio. (*Aparte.*) Ya lo creo... porque la consorte de don Luciano es una perla!

Amalia. Asi, en mi despecho, en mi cólera, se apoderó un deseo de mi corazon; el de castigar al infiel!

Mauricio. Tenia usted muchísima razon!

Amalia. Si, quiero vengarme... vengarme de él... no importa á qué precio! (*Levantándose.*) Y á usted, señor de Osorio, queria encomendar el logro de mi venganza.

Mauricio. (*Con júbilo.*) A mi?

Amalia. Mas renuncio á ello, porque... bien conozco que otros cuidados le conducen á usted á estos sitios.

Mauricio. A mi, señora? Puede usted pensar que yo vacile un momento? (*Aparte mirándola.*) Vale diez veces mas que la Florentina! La otra es una coquetona... una cualquiera... mientras que esta... es una muger divina... y ademas la esposa de un compañero!... (*A Amalia.*) Disponga usted de mi, señora; yo soy su defensor, su caballero, su vengador!

Amalia. (*Aparte con cólera.*) Pérfido!

Mauricio. Adónde quiere usted que la lleve?

Amalia. Adonde usted guste... á su casa.

Mauricio. (*Asombrado.*) Cómo!... A mi casa? (*Aparte.*) Y mi muger?

Amalia. Vamos, vamos. (*Va á llevársele, cuando sale*

el marques del gabinete de la izquierda, con una carta en la mano.)

ESCENA VII.

DICHOS. EL MARQUES.

Marques. Un instante, caballero.

Mauricio. (*Aparte.*) Diablo! (*Alto.*) Siento mucho, señor marques... pero ibamos á retirarnos... Nos es imposible aceptar... y mi muger...

Marques. (*Friamente.*) Oh! su muger! Lea usted, lea usted, caballero, esta carta que acabo de recibir.

Mauricio. Qué veo! Un anónimo... mi nombre... (*Aparte.*) Todo lo sabe!

Marques. Es una cobarde, una innoble venganza de alguna criada, ó de algun amante despreciado. Mas poco me importa, una vez que esa carta dice la verdad.

Mauricio. Marques!...

Marques. Usted tenia cita, esta noche, aqui, con esa señora... que temblaba poco há... Ya lo comprendo ahora... era porque yo estaba delante!

Mauricio. Le han engañado á usted... no es la persona que supone...

Marques. Si... es una muger á quien yo obsequio!

Amalia. (*Aparte.*) Cielos!

Marques. Y la mejor prueba es que no se quita su careta. Mas se la quitará, señor mio... Yo lo exijo!

Mauricio. (*Vivamente.*) Y yo se lo prohibo!

Marques. Entonces, caballero, á usted es á quien me dirigiré.

Mauricio. Como usted guste.

Marques. Pues bien, aqui está don Luciano, y él nos servirá de testigo.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON LUCIANO.

Luciano. (*Muy agitado, y habiendo oido las palabras del marques.*) Yo testigo! No, señores; tengo por costumbre desempeñar un papel principal en los

asuntos que conciernen personalmente, y creo adivinar quién es la máscara que Osorio queria hacer pasar por su muger.

Mauricio. (*Aparte.*) Sospechará ?...

Luciano. En fin, marques... es mi esposa!

Marques. No por cierto; es Florentina!

Luciano. Es mi esposa le digo á usted... He ido á mi casa y no la he encontrado, adquiriendo solo la certidumbre de que está en el baile, y con ese disfraz.

Marques. No es á usted, sino á mí, á quien engañan!

Mauricio. Señores, repito lo que dije antes; y aseguro...

Marques y *Luciano.* (*Con ironía.*) Qué es su consorte de usted?

Mauricio. Sí, y cuando yo afirmo una cosa, es menester creerme.

Marques. Ya que usted persiste en semejante impostura...

Mauricio. Impostura!

Marques. Impostura, lo sostengo!

Luciano. Y yo tambien!

Marques. No retracto lo palabra; la señora se descubrirá... ó vamos á proseguir la conversacion que la llegada de don Luciano vino á interrumpir...

Luciano. Mas esa conversacion yo la tomo por mi cuenta.

Marques. No, no! Este caballero debe elegir su adversario. Cuál de los dos, responda usted?

Mauricio. (*Perdiendo la paciencia.*) Los dos... si á ustedes les da la gana!

Luciano. Enhorabuena... no puede tardar mucho en amanecer; y al salir de aqui...

Mauricio. (*Aparte.*) Dios mio! Dos desafíos... y por una intriga de muger... de la muger de un conpañero! No se hablará mañana de otra cosa en todo Madrid! Y Amalia... su dolor... Sin contar el juez competente... porque me formarán causa...

Marques. Acaso tendrá miedo el señor agente de Bolsa?

Mauricio. Yo miedo? Ah! (*Aparte.*) Suceda lo que quiera, no importa! (*Alto.*) Señores, estoy á sus órdenes. (*Aparte, con rabia.*) Dónde demonios me he metido? Si pudiese á precio de toda mi sangre salir sin bulla y sin escándalo de este berengenal, juro que no me volverian á coger en otra! (*Mientras este aparte, Ama-*

lia ha pasado á colocarse entre el marques y don Luciano.)

Luciano. Esto no ha de parar aqui, señora. (*A Amalia, que se quita la careta y le mira.*) Cielos!

Marques. (*A Amalia.*) No, no, pérfida, no! (*Ella se vuelve hácia él.*) Gran Dios!

Luciano. (*Confundido, é inclinándose.*) Ah! Señora...

Amalia. (*Volviendo á ponerse la careta.*) Callen ustedes, y márchense! (*Vuelve al sitio que ocupaba antes; el marques y don Luciano la saludan; despues se dirigen hácia don Mauricio, que se acerca á ellos.*)

Mauricio. Señores, cuando ustedes gusten.

Luciano. (*Inclinándose.*) Amigo mio...

Marques Cuando uno no tiene razon...

Luciano. Cuando se equivoca...

Marques. Es el deber de un caballero...

Luciano. El confesarlo...

Marques. Y reconocer su error.

Luciano. Asi, le suplico á usted que me dispense...

Marques. Yo le pido mil perdones...

Mauricio. (*Estupefacto.*) Es posible?

Luciano. Espero que este asunto no tendrá consecuencias...

Marques. Y nosotros somos los que reclamamos el silencio.

Mauricio. Pero señores, dígnense ustedes decirme qué es lo que ha podido atraerles á la razon... y sobre todo á la verdad!

Luciano. Esa señora. (*Señalando á Amalia.*)

Marques. (*Lo mismo.*) Si, esa señora!

Mauricio. (*Aparte.*) Qué significa esto? (*El marques y don Luciano saludan á Amalia, que se inclina ligeramente. — Don Luciano se marcha por el fondo.— En el momento en que el marques va á entrar en el gabinete de la izquierda, don Serafin sale del de la derecha.*)

ESCENA IX.

DICHOS. DON SERAFIN.

Serafin. (*Bajo á Mauricio.*) Todo se ha arreglado! Yo estoy ahi!

Mauricio. Ahi?

Serafin. Está furiosa... Mas yo la acompañaré... despues de cenar.

Marques. (*Acercándose á don Serafin.*) Cena usted?

Serafin. Ha perdido usted, amigo. (*Va á entrar en el gabinete de la derecha; pero al abrir la puerta, el marques dirige una ojeada hácia alli, y hace un movimiento de sorpresa.*)

Marques. (*Aparte.*) Florentina!... (*A don Serafin.*) Un instante, caballero... Abajo está mi coche á su disposicion de usted.

Serafin. (*Asombrado.*) Un desafío!... Luego esta es!... Oh! (*Entrase vivamente, y cierra la puerta del gabinete.*)

Marques. No importa... No se me escapará. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA X.

DON MAURICIO. AMALIA.

Amalia. Caballero, todos se alejan, y ya que gracias á mí ha salido usted del peligro, partamos, partamos pronto.

Mauricio. Partir? Juntos? No, no señora. En el instante en que el cielo acaba de salvarme por milagro de un riesgo tan inminente, no iré, no, á esponerme de nuevo. Sea usted quien fuere, renuncio á ella... á Florentina... á todos mis proyectos de placeres, de venganza... etcetera.

Amalia. (*Reprimiendo un movimiento de júbilo.*) Cómo! Podria usted?...

Mauricio. Si señora... poco me importa la idea que usted forme de mí... de mi galantería. Aunque usted me desacredite con todas sus amigas y compañeras... me marcho á toda prisa.

Amalia. No, no; yo no le dejaré á usted!

Mauricio. Yo la repito que quiero volverme á mi casa.

Amalia. Pues bien... nos volveremos juntos!

Mauricio. Piense usted que soy un hombre casado... Ya sé que no lo parezco... pero sin embargo, es asi. Ademas, tengo una muger, una muger encantadora!

Amalia. (*Irónicamente.*) Vaya!

Mauricio. A la que amo... á la que adoro!

Amalia. (*Lo mismo.*) Usted!

Mauricio. He sido muy culpable con ella, lo confieso, pero juro repararlo todo... Y si supiese la verdad!...

Amalia. La sabrá, porque yo se la diré!

Mauricio. Usted es mi angel malo! Señora, en nombre del cielo, que no sepa nada!

Amalia. Lo sabrá!

Mauricio. Se lo ruego á usted... se lo suplico de rodillas! (*Lo hace.*)

Amalia. Lo sabrá... ya lo sabe! (*Se quita la careta.*)

Mauricio. (*Confundido.*) Amalia! Tú! Mi muger! (*Quiere levantarse.*)

Amalia. (*Impidiéndoselo.*) Quédese usted asi... quédese usted asi... porque usted es culpable... — muy culpable!

Mauricio. (*Humildemente.*) Sí, esposa mia... sí, esposa mia... si, esposa mia!

Amalia. (*Mirándole, sonriéndose.*) Yo bien sé que hay circunstancias... en fin, se conoce que usted tiene buen fondo... luego ha probado que me ama... Lo cual disculpa...

Mauricio. (*Vivamente.*) Todo!

Amalia. No, muchas cosas!

Mauricio. (*Levantándose.*) Si, Amalia... si, mugercita de mi corazon!

Amalia. Sí, sí, su muger de usted, que ha salvado su reputacion; que ha impedido la vergüenza, el escándalo... y su muerte quizás! Aun me estremezco pensando en los males que pudieron ocasionarse...

Mauricio. Ah! Yo imploro mil veces mi perdon!!... No se castiga al que se acaba de salvar... Y no temas que vuelva á engañarte... Lo conozco; esta noche de suplicio, asegura para siempre nuestra felicidad!

ESCENA XI.

DICHOS. DON BERNARDO.

Bernardo. (*Saliendo por el fondo, y sin ver á Amalia.*) Mauricio, eres perdido!

Mauricio. Cómo! Por qué?

Bernardo. Por fin he conducido á tu muger á casa...

Mauricio. (*Sorprendido.*) Mi muger!

Bernardo. Estaba ahí... en ese gabinete... y vengo corriendo á avisarte... que lo sabe todo! La pobrecita se ha vuelto muda, y no hace mas que llorar!!...

Amalia. (*Adelantándose.*) No... está consolada, y perdona!

Bernardo. (*Estupefacto.*) Ah! Juntos! Con que es decir, señora, que mientras yo venia á pie, usted se volvia otra vez en el coche?

Amalia. (*Aparte.*) No ha conocido á su esposa!

Bernardo. Y ese dominó azul? El suyo era negro! Entonces, á quién he conducido yo?

Amalia. (*Vivamente.*) A una amiga... que no puedo nombrar... y con la que habia cambiado de dominó.

Mauricio. Una amiga?

Bernardo. Alguna casadita que se habrá querido divertir... *de ocultis.*

Amalia. Y bien castigada está!

Bernardo. No importa; si yo fuese su esposo, eso emponzoñaria mi existencia...

Mauricio. (*A Amalia, bajo.*) Esa muger... seria por casualidad?...

Amalia. (*Bajo.*) Adela se ha salvado!

Bernardo. Vamos, hijos mios, ya que la moral triunfa, os dejaré en el coche, y correré á mi hospital.

Mauricio. (*Dando con ternura el brazo á su muger.*) Vamos?

Amalia. Acuérdate de lo que le espera al pobre Serafin, y escarmienta en cabeza agena!...

Mauricio. Sí, agena... Y él al fin es soltero... porque los escarmientos en las cabezas de los maridos, suelen tener fatales resultados! — Sí, vida mia; en adelante no me separaré de tí. Locura es correr detras de la felicidad, cuando la tiene uno á su lado, cuando puede hallarla tambien en el cumplimiento de sus deberes!

FIN DE LA COMEDIA.